

1.º Feb.º 76.

77. 21

19240

LA

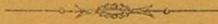
CARTILLA

DEL

TRABAJO,

POR

MELITON MARTIN.



MADRID

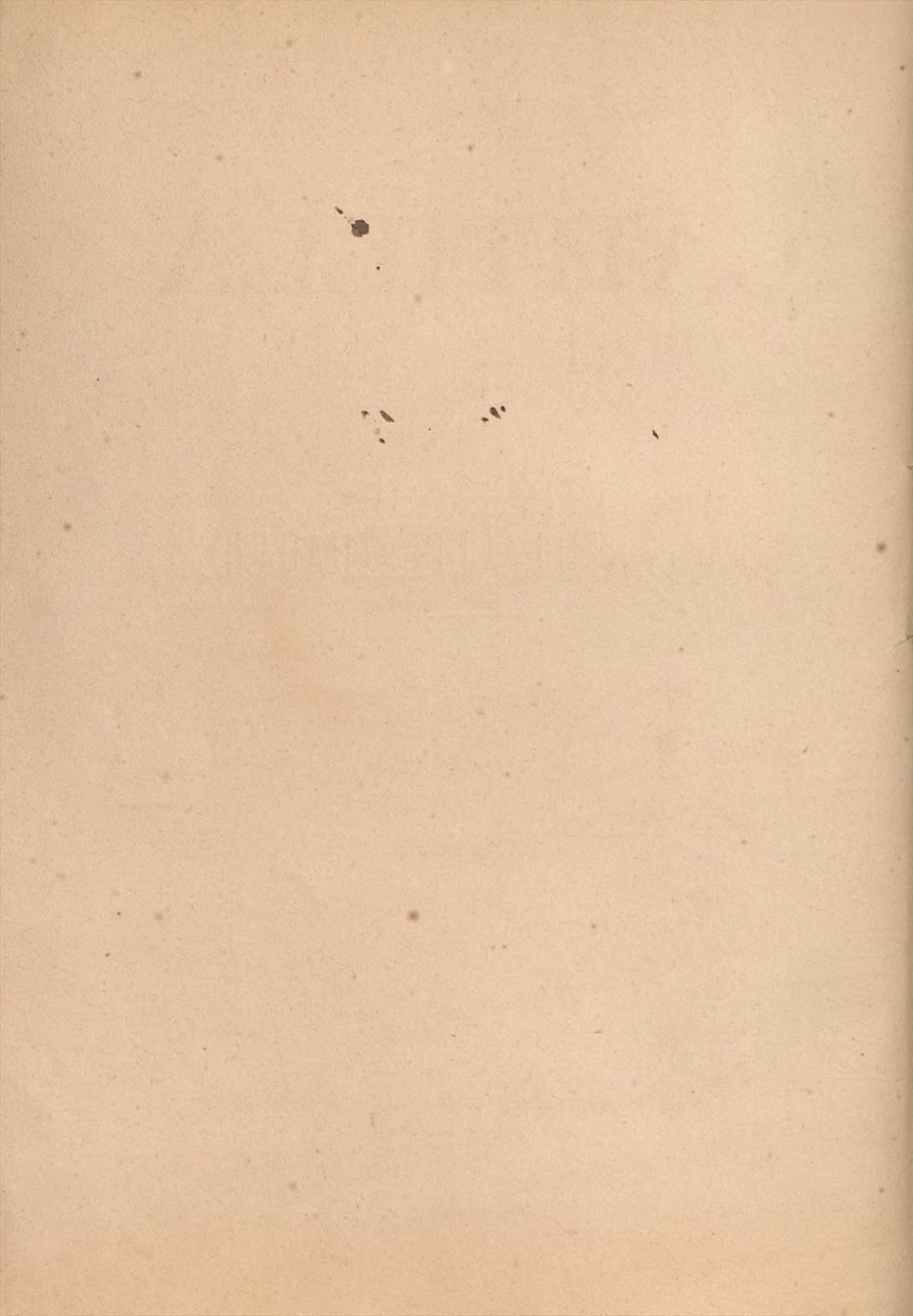
IMPRESA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO
calle del Cid, núm. 4, (Recoletos)

1875.

5412

L47 - 8220

LA CARTILLA DEL TRABAJO.

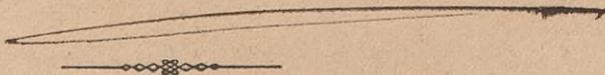


LA
CARTILLA

DEL
TRABAJO,

POR
MELITON MARTIN.

Meliton Martin



MADRID
IMPRESA, FUNDICION Y ESTEREOTIPIA DE D. JUAN AGUADO
calle del Cid, núm. 4, (Recoletos)
1875.



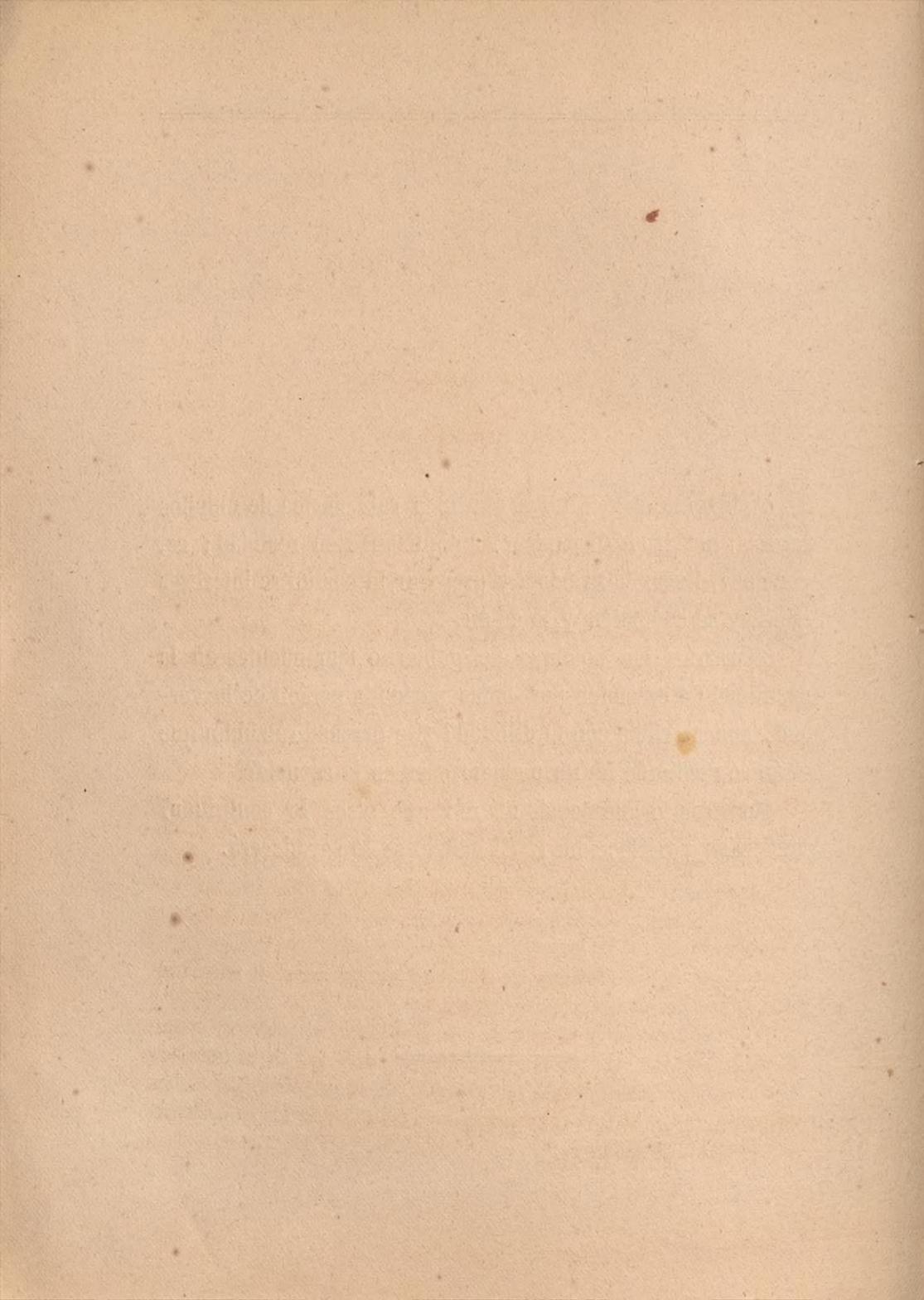
Aug 27 1876

M

EL objeto de este libro es atacar la raíz misma de muchos errores, modernos al parecer, antiquísimos en realidad; es, por ende, llevar la armonía y preparar la paz entre intereses que hoy se combaten y se odian.

¿Querrán los hombres de gobierno fijar mientes en la necesidad de extender por todas partes la noción de la verdad, nunca reñida con la utilidad? ¿Se persuadirán al fin que el único medio de lograrlo es empezar en la escuela?

Nosotros lo intentamos ahora: que otros lo continuen, enmienden y perfeccionen. El mundo se lo agradecerá.



LECCION PRIMERA.

Del hombre.

P.—¿Qué es el hombre?

R.—El hombre es el sér organizado más perfecto de toda la escala zoológica, el sér cuya organizacion es la más complicada y más completa de todos cuantos viven en la tierra. Es, en suma el sér terrestre superior por excelencia, el sér destinado á dominar sobre los demás.

P.—¿Ha ejercido el hombre siempre igual predominio sobre todos los demás animales?

R.—No señor. En los tiempos de su primera aparicion sobre la tierra, en el estado en que todavía le conocemos como poblador de algunas regiones salvajes, el hombre inerte y desnudo, menos fuerte ó veloz que multitud de animales, ignorante todavía, con menos recursos que ellos, fué en realidad más impotente. Su existencia era entonces por todo extremo precaria.

P.—¿De dónde dimana, pues, el actual predominio adquirido por el hombre sobre toda la creacion?

R.—Dimana de la tiranía de sus necesidades, ó lo que viene á ser lo mismo, de las facultades que le otorgó la naturaleza con el fin de que andando el tiempo pudiese satisfacer aquellas, cuyas facultades hubieran permanecido muertas sin la existencia de las necesidades.

P.—¿Qué relacion existe entre nuestras necesidades y nuestras facultades?

R.—Cada necesidad puede considerarse como una facultad en accion. Es la manifestacion sensible de aquella facultad que puede satisfacerla.

P.—Ponga Vd. algun ejemplo.

R.—La necesidad de comer, el hambre, es la manifestacion de la facultad que tenemos de asimilarnos determinados cuerpos, de digerir. La necesidad de saber, es la manifestacion de las facultades de pensar, de recordar, de discurrir. La sensibilidad del espíritu, ó sea el sentimiento, se manifiesta ostensiblemente en la necesidad que sentimos de amar á unas cosas ó personas y de aborrecer á otras.

P.—Segun eso el hombre ¿es un compuesto de varios elementos?

R.—Sí señor. Es un compuesto de materia, de inteligencia y de sentimiento. Inferior á muchos animales, físicamente considerado, es muy superior á ellos en inteligencia y enteramente distinto é inmensamente elevado sobre todos, por el sentimiento.

P.—¿Y no tiene tambien el hombre alguna superioridad corporal sobre los brutos?

R.—El cuerpo del hombre, tan inferior al parecer al de otros animales cuando se le considera inerme y desnudo, es un organismo en armonía con el número y calidad de las facultades que encierra, y á medida que estas se van traduciendo en necesidades, se advierten sus inmensas ventajas sobre los cuerpos, ó sea sobre la constitucion física de los demás brutos.

P.—Indicad algunas de estas ventajas.

R.—La primera es la estructura y posicion de su cráneo, centro de toda percepcion; la segunda es la hechura de la mano y su pulgar, gracias al cual puede extender, completar y fortalecer su brazo con toda clase de armas y herramientas. Su posicion erguida, la armónica distribucion de sus sentidos y sus miembros revelan una admirable disposicion para dominar, para dirigir, tienen el sello de la superioridad. Todas estas ventajas permanecen, sin embargo, estériles, á la par que dormidas y

latentes las facultades todas, mientras las necesidades no le obliguen á utilizarlas para progresar.

LECCION II.

Causa de la creciente y progresiva superioridad del hombre.

P.—Admitido el caso de que la accion de una ó más necesidades se haga sentir enérgicamente sobre nuestro organismo, ¿qué resulta de dicha accion?

R.—Resulta que el hombre siente un deseo irresistible de satisfacerla, que en consecuencia se agita para conseguirlo, que crece su actividad, que vive más, que su vivir se aumenta y fortifica. De aquí que el hombre sea el único viviente que varia con el trascurso del tiempo en sus usos, en costumbres, en ideas y en creencias.

P.—¿Y por qué no cambian ó se modifican tambien los demás animales?

R.—Porque sus necesidades son pocas y limitadas, y porque casi siempre satisfacen estas de igual manera y en igual medida. Son como máquinas animadas, capaces solo de sentir pocas y groseras necesidades, que se paran así que las satisfacen. Por eso el toro, el caballo, la oveja, el elefante de hoy, son enteramente el elefante, la oveja, el caballo y el toro del primer día de su creacion. Los hombres, por el contrario, han variado tanto que si pudieran compararse los primeros y los actuales, parecerian géneros distintos.

P.—Esplanad esto mejor, precisando las necesidades.

R.—Cada familia de animales tiene, segun ya he dicho, pocas necesidades, y estas las satisfacen siempre todos sus individuos de la misma manera, y hasta casi casi en la misma

medida. Ninguno de ellos tiene necesidad de abrigo; muchos no necesitan albergue, y en cuanto á la primera necesidad de todas, que es la de comer, todos viven con una ó dos clases de alimentos naturales, sin sentir la necesidad de buscar otros. Nosotros, por el contrario, tenemos la necesidad de cubrir nuestro cuerpo contra los cambios atmosféricos, de albergarnos del lento y frio de la noche, y sentimos una propension innata á gustar de toda clase de alimentos y aun de variar con frecuencia de comida y de bebida.

P.—Pero ¿cómo influye todo eso en nuestro progreso?

R.—Si el hombre naciera con las armas del leon ó del elefante, no habria tenido necesidad de inventar y fabricar armas, y como el elefante y el leon habria visto limitados, dentro de una medida invariable y personal, su fuerza y su poder sobre los demás animales. Si nuestra piel no fuese tan fina, tan delicada, tan sensible, no nos habria obligado la sensacion y el dolor á discurrir para hilar y tejer la lana y el lino, á descubrir las artes y los procedimientos necesarios para hacernos una túnica ó abrigo. Si no fuéramos tan sensibles al frio y al calor; si, al aire libre, las enfermedades no nos amenazasen de continuo, no hubiéramos construido chozas, casas, ó palacios. Y en fin, si el hombre fuese solo carnívoro, como el tigre, ó herbívoro y granívoro como la oveja y el caballo, las necesidades de su alimentación no se habrian manifestado con tanta variedad y jamás se habria apropiado el fuego para cocer sus alimentos primero, y despues para fundir los metales y producir maravillas. Por último, sin las necesidades de saber, de discurrir, de recordar, sin las de ambicionar, simpatizar ó amar, la humanidad no habria constituido la familia y la patria, ni ninguna de esas instituciones permanentes y progresivas en que se funda su grandeza.

LECCION III.

Clasificacion de las necesidades humanas.

P.—¿Pueden clasificarse de algun modo las necesidades del hombre?

R.—Para ayudar á nuestra limitada inteligencia, podemos dividir las por de pronto en dos grandes grupos, á saber: en necesidades físicas ó materiales, y en necesidades inmateriales ó espirituales.

P.—¿Qué debemos entender por necesidades materiales?

R.—Aquellas que se dirigen á la conservacion de nuestro cuerpo en salud y á conseguir la mayor suma de bienestar corporal, como el comer, el vestir, el tener una guarida, un techo, una casa donde mitigar el calor en el verano, ó combatir el frio en el invierno.

P.—¿Qué entiende Vd. por necesidades espirituales?

R.—Las necesidades espirituales, son de dos clases, á saber: ó intelectuales ó sentimentales.

P.—¿A qué se refieren las necesidades intelectuales?

R.—A nuestra razon é inteligencia, porque son las manifestaciones ostensibles de nuestras facultades intelectuales en accion.

P.—¿Qué entiende Vd. por necesidades sentimentales?

R.—Aquellas aspiraciones que nacen en nuestro espíritu la mayor parte de las veces sin saber por qué, sin que nuestra inteligencia tenga poder bastante para evocarlas á voluntad, por más que ejerza sobre ellas una influencia creciente y saludable.

P.—¿Son todas nuestras necesidades rigurosamente de una de estas tres clases?

R.—No señor. Tambien las hay que participan de lo material y de lo espiritual, y que podríamos llamar mixtas.

P.—Explique Vd. eso mejor.

R.—Existen necesidades que tienen algo de material y al-

go de intelectual, y que llamaremos físico-intelectuales; algunas son á la vez manifestaciones de nuestras facultades intelectuales y del sentimiento, y son por lo tanto intelecto-sentimentales; las hay, por fin, en las cuales se confunde el sentimiento con las necesidades materiales ó que son físico-sentimentales.

P.—De qué nace esta naturaleza mixta de algunas necesidades nuestras?

R.—De que el hombre es un todo armónico. Las manifestaciones de sus múltiples y variadas facultades, forman un eslabonamiento, continuo en el cual se confunden con frecuencia los tres elementos constitutivos de nuestro sér; la materia sensible, la inteligencia, y el sentimiento. Por eso cada adelanto conseguido para la satisfaccion de una necesidad cualquiera, influye más ó ménos sobre las demás, modificándolas.

LECCION IV.

De las necesidades materiales.

P.—Cite Vd. alguna de las primeras necesidades físicas del hombre.

R.—El hombre tiene ante todo necesidad de vivir, ó lo que es lo mismo, de sostener todos y cada uno de los movimientos que constituyen su vida.

El más perceptible de estos es, por ejemplo, el respirar. La respiracion es nuestra primera necesidad material; pero respiramos desde el nacer tan espontáneamente que nadie para mientes en semejante necesidad. Por eso citaré como la primera necesidad de todas, *el comer*.

P.—¿Por qué es el comer necesidad de tantísima importancia?

R.—Porque el cuerpo del hombre se está disipando de con-

tínuo, porque los movimientos de su vivir gastan sus fuerzas y tienden á apagarse si no repone y reconstituye diariamente su organismo con el alimento y la bebida. Y como sin cuerpo no puede manifestarse el espíritu, de aquí la inmensa importancia de satisfacer una necesidad que sostiene y conserva al cuerpo.

P.—¿Hay alguna otra necesidad física tan imperiosa como el comer?

R.—No señor. Con solo satisfacer esta, el hombre puede existir, bajo algunos climas, si bien en estado salvaje. Sin satisfacerla nadie podría vivir de modo alguno en ninguna parte.

P.—Y fuera del estado salvaje, ¿hay alguna necesidad casi tan imperiosa?

R.—Sí señor. Por poco civilizados que estén los hombres, las necesidades de vestir y de albergarse son casi tan imperiosas como el comer, sobre todo en algunos climas. Luego, á medida que se van desarrollando estas primeras necesidades, se van haciendo imperiosas otras que antes no existían, tales como *saber* hilar y tejer, ó *saber* cortar y labrar las maderas y las piedras para hacerse una choza ó una casa.

P.—Pero las necesidades físicas ó materiales ¿no tienen por ventura límite?

R.—Sí le tienen, en cuanto al número de las primitivas ó fundamentales; pero al desarrollarse estas con el tiempo, exigen tantos modos y maneras de satisfacerse, aspiramos á satisfacerlas en una medida tan superior, que semejantes manifestaciones parecen necesidades distintas, ó que éstas son innumerables. Vaya un ejemplo. Nada más sencillo y natural que *el ver*; ninguna necesidad hay que pueda satisfacerse á tan poca costa; pero si queremos ver lejos en la tierra necesitamos el anteojo; si más lejos en los cielos, el telescopio; si lo infinitamente pequeño, el microscopio; si los rayos de la luz, otra multitud de instrumentos ópticos, y todos estos modos y grados de vision dan origen á un sin número de necesidades que emanan todas de la misma necesidad madre.

P.—¿Puede Vd. enumerar las principales necesidades físicas madres?

R.—Son necesidades físicas madres el respirar, beber y co-

mer; el ver, oír, oler, gustar y palpar; el movernos y descansar ó dormir; el conservar la salud, y como consecuencia, el abrigar ó vestir nuestro cuerpo y el albergarle dentro de una vivienda; y por fin, la locomoción.

LECCION V.

De las necesidades intelectuales.

P.—Al definir lo que debíamos entender por necesidades intelectuales, dijo Vd. que eran manifestaciones de vida ó actividad en las facultades de nuestro entendimiento.

¿Puede el hombre existir sin satisfacer sus necesidades intelectuales?

R.—La existencia del hombre sin satisfacer algunas de sus necesidades intelectuales, estaria por debajo de la vida de los brutos, con los cuales en semejante estado se confunde. Solo á medida que va sintiendo y satisfaciendo aquellas, es cuando puede considerársele y es en efecto superior á ellos.

P.—Pero ¿no sentimos todos las mismas necesidades intelectuales desde el primer día?

R.—A los que tenemos la dicha de nacer y de vivir en una sociedad civilizada, nos parece que el hombre debió sentir desde su aparición sobre la tierra las necesidades que nuestro entendimiento siente. Esto no es así, sin embargo. Con el hombre pudieron nacer en todo tiempo los gérmenes de estas sus futuras necesidades, ó las facultades intelectuales en embrion; pero solo con el trascurso de siglos y con la experiencia, se pudieron desenvolver, fortificar y crecer lenta, lentísimamente. Hoy mismo sucede que no todos los pueblos tenemos las mismas necesidades intelectuales, ni las sentimos en grado igual, ni con igual energía.

P.—¿Qué se deduce de todo eso?

R.—Primero, que el hombre no siempre ha tenido las mismas necesidades intelectuales, ó lo que es lo mismo, que el grado de su cultura en diferentes épocas ó países se puede medir por el número y calidad de sus necesidades intelectuales; segundo, que el hombre de hoy es un sér muy superior al hombre primitivo; y tercero, que así como no somos iguales en fuerzas, agilidad ó resistencia, tampoco lo somos en entendimiento.

P.—¿Crece tambien indefinidamente el número de nuestras necesidades intelectuales?

R.—Si consideramos como necesidad lo que vulgarmente se tiene por tal, es indudable que el número de las intelectuales crece más indefinidamente que el número de todas las demás; pero repetiremos aquí lo que dijimos al tratar del número de las necesidades físicas, á saber: que todas tienen su origen en cierto número limitado, mas al querer satisfacer estas cada vez en modo más fácil y en medida más vasta, varían tanto sus manifestaciones, que son, al parecer, necesidades distintas las que se presentan, y de aquí el que podamos decir que las intelectuales son tambien innumerables.

P.—¿Cuáles son las necesidades madres de nuestra inteligencia?

R.—Las de observar, recordar, imaginar, deducir y juzgar.

P.—¿Y las que nacen con el tiempo de éstas?

R.—La de expresar nuestro pensamiento y trasmitirle á nuestros semejantes, necesidad que da origen al lenguaje hablado, primero, y despues escrito. Apenas queda esta necesidad satisfecha, cuando van presentándose otras que encierran cada una miles de necesidades, como la necesidad de conocer el planeta en que vivimos y los cuerpos ó materia de que se compone; de conocer las plantas y los animales que le pueblan; de conocer los astros y las leyes de sus movimientos; de conocer las leyes á que obedece la formacion de los cuerpos, las leyes que rigen á las fuerzas, las leyes de los organismos, y, por fin, la necesidad de conocer las leyes de relacion entre las cosas y las cosas, los hombres y las cosas, los hombres y los hombres, hasta llegar al conocimiento de nosotros mismos, que es el más difícil de todos.

P.—¿Tiene tambien la inteligencia necesidad de descanso?

R.—Sí, señor; pero siendo como es superior al cuerpo, no solo descansa cuando duerme éste, sino que tambien cobra nuevo vigor con las distracciones oportunas, de donde nace la necesidad de solaz, entretenimiento y diversiones honestas.

P.—¿Tiené el hombre completo dominio sobre las necesidades de su entendimiento?

R.—En cuanto á su direccion, sí, señor, porque domina el movimiento y la energía de las facultades de su espíritu por medio de la voluntad. Cuando esta es fuerte y tenaz, cuando la hemos educado bien y rectamente, es la señora que dirige, modera y manda.

Ahora, en cuanto á la intensidad y extension de nuestros movimientos intelectuales, cada individuo recibe una medida de la naturaleza, y esta se puede robustecer ó afirmar con el ejercicio y la educacion, aunque no pueda agrandarse por la voluntad.

Nadie tiene más entendimiento del que Dios le ha dado, si bien depende de él solo el conseguir que sea más ilustrado y más culto.

LECCION VI.

De las necesidades sentimentales.

P.—Dijimos en la leccion III que las necesidades sentimentales eran aquellas aspiraciones del espíritu que nos impresionan, exaltan y mueven casi independientemente de nuestra voluntad. Defina Vd. más el sentimiento.

R.—El sentimiento obra sobre el espíritu lo mismo que la sensacion sobre el cuerpo. Por la sensacion aprendemos lo que daña ó conviene á nuestro organismo, y el sentimiento es el delicado conducto por donde el espíritu va comprendiendo lenta-

mente lo que le conviene ó daña, el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo feo y lo bello. Con semejante enseñanza, el sentimiento se depura y el hombre adquiere un criterio interno para juzgar y juzgarse.

P.—¿Tiene alguna relacion la sensacion con el sentimiento?

R.—La sensacion y el sentimiento se relacionan tanto y tan de continuo, que los hombres han comprendido á ambos bajo el nombre de *sensibilidad*.

P.—¿Qué dominio ejerce la voluntad sobre el sentimiento?

R.—Así como una voluntad enérgica puede sobreponerse á la sensacion, dominar las repulsiones ó las atracciones que nos inspire y hacernos superiores al dolor ó indiferentes al placer, así tambien puede ahogar en algunos hombres el fallo del criterio interno, ó las atracciones y repulsiones de la sensibilidad y hacerles obrar contra lo mismo que un sentimiento espontáneo trate de inspirarles.

P.—¿Sucede esto siempre y en todos los espíritus?

R.—Lejos de eso son contadísimas las personas cuya voluntad se haga obedecer por el sentimiento, y aun estas se rinden y obedecen ciegamente con frecuencia á un sentimiento espontáneo, si es enérgico. En general cuando el sentimiento surge con vehemencia, domina no solo á la razon, sino que hasta el cuerpo sabe despreciar bajo su impulso el dolor y la muerte.

P.—¿Son siempre y en todo tiempo igualmente enérgicas y dominadoras las necesidades sentimentales?

R.—No señor. Cuando los hombres se encuentran en un estado de ignorancia y de barbarie, son prepotentes é irresistibles. Por eso en las sociedades primitivas el sentimiento extraviado ó nó, domina á la inteligencia. Con la cultura y bienestar se depura y ennoblece el sentimiento y, sin cesar de ser en ocasiones prepotente, se deja dirigir por la inteligencia y tiende á obrar en armonía con la razon.

P.—Entonces ¿cuál es la utilidad de nuestras necesidades sentimentales?

R.—Además de estimularnos para que ni el cuerpo ni la inteligencia se entreguen á la inaccion, son como una série de revelaciones que, á favor de la imaginacion, suplen de continuo á



nuestra inteligencia en su ignorancia, y nos hacen aspirar á los más nobles y sublimes goces.

P.—¿Puede Vd. enumerar las necesidades sentimentales madres?

R.—De esperanza y de fé, de temor y de amor, la aversion y la simpatía hacia los hombres y las cosas. De aquí nacen todas las demas: la amistad, el respeto, la veneracion, la admiracion, el amor á lo bello, á lo justo, á lo verdadero, al prójimo y por fin el amor infinito.

LECCION VII.

De las necesidades mixtas.

P.—En la leccion III me dijo Vd. que teníamos tambien necesidades mixtas á la vez materiales y espirituales. ¿Puede usted citar alguna de éstas?

R.—El amor de madre, el más sublime de todos los sentimientos, es á la vez una necesidad física estrechamente relacionada con la sensacion. El amor conyugal participa más de lo material que el amor materno, pero es, no obstante, una necesidad sentimental tambien.

La necesidad de paz, de seguridad, de cambiar con nuestros semejantes, son á la vez manifestaciones de un raciocinio inteligente é imposiciones de nuestra organizacion material.

La necesidad de asociarse, de ejercer la beneficencia, de amar á la familia y á la pátria, de buen crédito y de moralidad, son necesidades sugeridas por movimientos espirituales, así de la inteligencia, como de los afectos.

P.—¿Cómo debemos considerar las necesidades mixtas?

R.—Como resultantes de dos ó más necesidades de distinta naturaleza obrando á la vez sobre nosotros.

P.—¿Son numerosas estas necesidades?



R.—Surgen unas de otras en tal número que casi parecen innumerables. A medida que adelanta la civilización, se presentan cada vez en mayor copia.

P.—Cite Vd. algún ejemplo.

R.—De una multitud de necesidades que el desarrollo progresivo de las sociedades provocara, nació la necesidad de saber la hora con exactitud, y para tener relojes, los hombres sienten un sin número de necesidades nuevas y complejas, sin cuya satisfacción no sería posible dividir y computar el tiempo.

La invención de la telegrafía dió el sér á otra serie de necesidades, hijas todas de la necesidad de vivir más, de aprovechar cada vez mejor el tiempo; las facilidades actuales de la transmisión eléctrica nos van acostumbrando á sentir algunas otras que participan mucho del carácter sentimental. La curiosidad sentimental, el deseo de ponernos á cada paso en comunicación con un sér querido ausente, van tomando de día en día un carácter de vehemencia, que nadie hubiera previsto algunos años ha.

LECCION VIII.

Medida en la satisfacción de nuestras necesidades.

P.—¿Podemos satisfacer impunemente todas nuestras necesidades sin limitación alguna?

R.—No señor. Para cada una de ellas hay una medida de satisfacción que es la más provechosa y conveniente. Hay además buenos y malos medios, buenos y malos modos de satisfacerla.

P.—¿Cómo puede alterarse la medida de cada satisfacción?

R.—De dos modos: ó satisfaciendo la necesidad en ménos, incompletamente, ó satisfaciéndola en más, con exageración.

P.—Diga Vd. algún ejemplo.

R.—Para vivir en sana salud nos conviene comer cierta can-

tividad de alimento. Ahora bien: si comemos ménos de aquella cantidad, nuestras fuerzas no se repondrán y viviremos á costa de nuestro organismo, y si comemos más de aquello que sea necesaria, nos expondremos á varias enfermedades y peligros. Solo comiendo lo necesario, y nada más, es como nos sentiremos bien.

P.—¿Sucede otro tanto con las demas necesidades?

R.—Sí señor, aunque la forma en los abusos suele ser muy diferente. Tratándose de algunas necesidades, el abuso consiste en la cantidad, en el más ó el ménos de la satisfaccion, mientras que en otros casos se abusa empleando para satisfacer nuestras necesidades, medios y modos que *no* son los que nos impone la naturaleza.

P.—Segun eso ¿es ilimitada nuestra libertad de accion?

R.—No señor. Nuestra libertad es grande si la comparamos con la de los animales, pero en absoluto es bien poca cosa. De todos modos se halla restringida entre límites que el hombre no puede traspasar.

P.—¿Cuál es el resultado de no satisfacer en su justa medida cualquiera necesidad?

R.—El malestar, la infelicidad, el desórden, en una palabra *el mal*.

P.—Y si se satisface con exceso ó por el modo y los medios no adecuados ¿qué resulta?

R.—El mal tambien.

P.—¿Quiere Vd. decir que para ser felices deberemos satisfacer nuestras necesidades con prudente y moderada medida?

R.—Indudablemente, porque así y solo así nos resultará el bien en todas sus formas.

P.—¿A qué conduce segun eso la mayor libertad que se nos otorga en la satisfaccion de nuestras necesidades?

R.—A consagrar nuestra dignidad. Cuando en virtud de nuestro libre albedrío podemos elegir entre lo provechoso y lo que no lo sea, entre lo que favorezca ó perjudique á nuestros semejantes, somos hasta cierto punto árbitros del mal y el bien, y nuestras acciones adquieren un sello de responsabilidad que nos dignifica y enaltece.

LECCION IX.

Abusos en la satisfaccion de nuestras necesidades.

P.—Nos ha dicho Vd. en la leccion anterior que las necesidades se podian satisfacer con escasez ó en demasía, y que en uno y otro caso resultaba el mal. Sírvase Vd. indicar cómo nos resulta el mal en el primer caso, es decir: cuando dejamos de satisfacerlas en su medida cumplida.

R.—Siempre que el hombre deja de satisfacer cumplidamente la necesidad fisica de comer, ya he dicho que vive á costa de su organismo y que se debilita y desfallece. Si no abriga bien su cuerpo ó si no le alberga convenientemente, padece su salud y se acarrea la muerte, además de sentir, mientras existe, sensaciones desagradables, males y dolores. Si no satisfacemos las necesidades de nuestra inteligencia, nos hacemos ignorantes, lo cual equivale á procurar la muerte del elemento más sublime de nuestro ser. Y en fin, matamos la sensibilidad del espíritu y renunciamos á las delicias supremas de la vida, cuando no satisfacemos en una justa medida nuestras necesidades sentimentales, ú obramos de tal manera {que ahogamos los salvadores impulsos del sentimiento.

P.—¿Y sucede frecuentemente que el hombre deje de satisfacer de propia voluntad una ó varias de sus necesidades?

R.—Siendo el albedrío humano (dentro de ciertos límites) libre y absoluto, todo eso puede suceder, y hasta casos se observan en la vida que constituyen verdaderas monstruosidades; pero en general muchos más numerosos son los males voluntarios ocasionados por el exceso en la satisfaccion que los que nacen de su falta.

P.—¿Cómo deberemos llamar el abuso, ó la satisfaccion con exceso de nuestras necesidades fisicas ó materiales?

R.—Todo abuso en *más* ó en *ménos*, al satisfacer semejantes necesidades, constituye un vicio.

P.—¿Cómo se puede abusar en la satisfaccion de las necesidades de la inteligencia?

R.—La inteligencia ha sido dada al hombre para estudiar y conocer todos los fenómenos, para deducir, de semejante conocimiento y estudio, las leyes naturales del universo. Para conseguirlo hay que observar bien, inducir y deducir sesudamente. Si en vez de procurar satisfacer nuestra ingénita curiosidad por medio de la observacion paciente y la deduccion juiciosa, nos lanzamos en brazos de la imaginacion á inventar leyes y hacer suposiciones infundadas, satifacemos mal y con exceso una necesidad intelectual: soñamos y nada más. Esto sucede siempre que en lugar de observar y razonar, imaginamos.

P.—¿A dónde conduce este abuso?

R.—Al error. El error siempre nace de un abuso en la satisfaccion de las necesidades intelectuales.

P.—¿Pueden cometerse tambien abusos por exceso, al satisfacer nuestras necesidades sentimentales?

R.—Sí señor.

P.—Y ¿cómo se llaman los afectos que resultan?

R.—Pasiones.

P.—Diga Vd. pues, el medio mejor de combatir los vicios, los errores y las pasiones que tan desgraciados hacen á los hombres.

R.—No hay sino satisfacer todas nuestras necesidades físicas y espirituales en la medida establecida por la naturaleza, para nuestro bien, y por lo medios propios y legítimos que más adelante se detallarán.

P.—¿Cómo podríamos definir el mal que nos resulta por los abusos en la satisfaccion de nuestras necesidades?

R.—Podemos considerarle como la sancion penal de toda falta cometida contra las leyes naturales.

LECCION X.

De las necesidades ficticias y de los deseos.

P.—¿Son legítimas todas las necesidades humanas?

R.—Sí señor, en tanto que estimulan nuestra actividad para hacernos más ricos, más sábios y mejores.

P.—Y ¿son todas igualmente útiles y eficaces á este fin?

R.—No señor. Necesidades se crean algunos que no conducen á otra cosa más que á fomentar vicios, errores ó pasiones.

P.—Cite Vd. algunas de éstas.

R.—La principal es la del lujo, entendiéndose por esta palabra esa necesidad que sentimos de ostentar por vanidad medios y recursos que no tenemos. Quien se empeña en andar en coche, cuando no necesita hacerlo así, y lo hace solo por el gusto de satisfacer un capricho ó una vanidad, siente una necesidad ficticia. El fumador se crea otra necesidad que para nada necesita y que es ficticia tambien.

P.—¿En qué sentido serán perjudiciales las necesidades ficticias?

R.—En cuanto perjudican á las personas que se las crean. Pero si les estimulan á trabajar, si son eficaces para mantener la actividad de aquellos que las sienten, pueden ser provechosas á los demás y productoras de algun bien.

P.—Y ¿no sucederá otro tanto con los vicios, los errores y las pasiones?

R.—De ningun modo. Estos siempre dañan al que los padece y á la sociedad en general.

P.—¿Pueden considerarse todos los deseos como necesidades?

R.—Toda necesidad se traduce en un deseo. El deseo es la primera manifestacion de toda necesidad. Sin embargo, no todo deseo es expresion de una verdadera necesidad, y de continuo crea la imaginacion deseos que ni son legítimos, y á veces ni siquiera posibles.

P.—Qué se deduce de todo esto?

R.—Que el hombre, como sér dotado de libre albedrío y de imaginacion, puede forjarse en la mente necesidades imaginarias incompatibles con su tiempo ó con sus recursos, y superiores á sus merecimientos, pero que tambien podrian en casos dados, semejantes deseos y aspiraciones, estimular su actividad y hacer las veces de necesidades verdaderas y legítimas para promover los fines de la vida.

LECCION XI.

Distribucion de las necesidades humanas.

P.—¿Han sentido los hombres siempre las mismas necesidades?

R.—No señor. Nuestras necesidades actuales han ido naciendo unas de otras, con el trascurso del tiempo, á medida que se fueron satisfaciendo fácilmente las primeras y más groseras.

P.—Y en la actualidad ¿tienen los hombres todos las mismas necesidades?

R.—Apenas hay dos hombres que sientan las mismas necesidades, ó que las sientan del mismo modo.

P.—¿Qué infiere Vd. de estos hechos?

R.—Que sin duda alguna el hombre no ha sentido en cada época histórica, sino aquellas necesidades que era entonces posible satisfacer. Si todas aquellas de que es capaz las sintiese de una vez y simultáneamente, lo mismo en el estado salvaje que en el civilizado, padecería sin cesar el más horrible de los tormentos, se sentiría en todo verdaderamente infeliz. Por eso en el estado de barbarie solo siente las más precisas y groseras; más tarde, cuando cuenta con otros medios, sus necesidades aumentan poco á poco, y de dia en dia va teniendo otras menos indispensables para la vida material, pero igualmente

necesarias á su bienestar y su cultura, por lo mismo que son más delicadas y de un orden superior.

P.—¿Qué revela semejante ley?

R.—Un interés paternal, una bondadosa prevision.

P.—¿Son las mismas en un todo las necesidades del hombre y de la mujer?

R.—No señor. Por lo mismo que la mujer tiene unas facultades más desarrolladas y otras ménos que el hombre, son sus necesidades diferentes aunque semejantes.

P.—¿Cuáles son las necesidades que en la mujer son más enérgicas y desarrolladas que las del hombre?

R.—Las que nacen de la sensibilidad, las sentimentales.

P.—Luego el hombre y la mujer no pueden decirse en absoluto iguales.

R.—De ningun modo, si bien esto no quiere decir que un sexo sea inferior al otro, sino que teniendo entre los dos todas las necesidades posibles en cada época, se completan mutuamente para la obra comun.

LECCION XII.

Desarrollo de nuestras necesidades.

P.—¿Dijo Vd. en la leccion anterior que no siempre han tenido los hombres ni las mismas, ni tanto número de necesidades. ¿Es esto así?

R.—Sí señor. En los primeros tiempos de la aparicion de los hombres sobre la tierra, solo sintieron y pudieron satisfacer muy pocas necesidades y estas, aunque de las más groseras, se satisfacian escasa, ruda y trabajosamente.

P.—¿Cómo se hace, pues, que hoy tengamos tantas?

R.—Porque han ido naciendo y siguen naciendo unas de otras á medida que se satisfacen con alguna holgura.

P.—¿Es posible presumir cuántas serian las únicas necesidades de los primeros hombres?

R.—Dos: una la más grosera pero la más indispensable: el comer, y otra que si tiene mucho de física ó material es la más sentimental de todas: el amor de madre. Sin la satisfaccion de la primera no se concibe la existencia de ningun ser humano siquiera sea por espacio de unos cuantos dias, así como no hubiera sido posible la continuacion, y menos la perpetuidad de la especie, sin la segunda. Hé aquí el punto de partida de las demás.

P.—Bosqueje Vd. ligeramente el desenvolvimiento progresivo de las necesidades del salvaje.

R.—De la necesidad de comer nació la necesidad de hacer esfuerzos ya para cojer la fruta, ya para cazar, buscar raices y pescar, es decir: que se manifestó hasta con crueldad la necesidad de trabajar. Para hacerlo mejor, era preciso emplear un palo, un cayado, un dardo, una flecha ó una red, y asomó la necesidad de poseer, y se vió que el hombre era en poco ó en mucho, un animal fatalmente propietario. Los cambios de temperatura entre los dias y las noches, en las estaciones del año y en las diversas comarcas, le obligaron á extender su propiedad pugnando por poseer una piel que satisficiese la necesidad de abrigo. Vino en seguida la necesidad de albergue impuesta por los peligros, y al levantarse el primer conato de choza, la propiedad se ensanchó. Por fin la fuerza de las cosas acercó á los hombres, formó grupos para cazar ó defenderse, y esto dió origen á la necesidad de comunicarse las ideas con lo cual se fué formando, con harta lentitud, el lenguaje.

P.—Diga Vd. algo más acerca de ese sucesivo desarrollo de nuestras necesidades.

R.—Cuando el salvaje hubo domesticado y poseido algunos animales en rebaños, se hizo pastor y tuvo necesidad de moverse, de conocer la tierra, de tener brutos de carga que le llevasen su ajuar. La propiedad se fué extendiendo á varios utensilios, y de aquí comenzaron á nacer las artes y la division del trabajo.

P.—Qué vino en pos del estado pastoril?

R.—El estado agricultor impuesto por el crecimiento de la poblacion, por la necesidad de cultivar la tierra, y este solo cambio produjo innumerables necesidades.

P.—Mencione Vd. alguna de ellas.

R.—El cultivo de la tierra trajo ante todo la necesidad de seguridad, á cuyo impulso nació el pueblo, la ciudad y la nacion. De aquí que todo pueblo ó nacion que carezca de seguridad no es sino una horda de salvajes. Para cultivar con acierto se tuvieron que estudiar las revoluciones celestes, algunos rudimentos de la física, de la botánica, de la zoología. A fin de construir y defender la ciudad hubieron de estudiarse empíricamente las leyes de las fuerzas y, en una palabra, la agrupacion de los hombres en sociedades trajo en pos ese sin número de necesidades que, ensanchándose, generalizándose y perfeccionándose de dia en dia, ha creado nuestro estado actual.

P.—Qué deduce Vd. de todo esto?

R.—Que el hombre ó el pueblo que satisface más fácil y legítimamente mayor número de necesidades legítimas, es superior al que satisface menor número, ó las satisface peor y por peores medios.

LECCION XIII.

Objeto de las necesidades humanas.

P.—¿Puede Vd. decirme qué objeto tienen esa diversidad y esa desigualdad que existe en el repartimiento de las necesidades humanas segun lo que hemos aprendido en las lecciones anteriores?

R.—Nuestras necesidades son tantas, crecen sin cesar y se hallan desigualmente repartidas entre los hombres, con dos objetos; el primero, con el de estimular todas las actividades

poniendo en acción cualesquiera aptitudes y temperamentos; el segundo obligarnos á reconocer que necesitamos la ayuda de los demás, acercarnos los unos á los otros, unirnos en la paz y la concordia por medio del interés.

P.—¿De qué modo estimulan todas las actividades y temperamentos?

R.—Siendo las necesidades ilimitadas, infinitas, naciendo unas de otras á medida que se van satisfaciendo, la inmensa mayoría de los hombres siente el influjo ya de éstas, ya de aquellas, y no son dueños de entregarse á la ociosidad, á la inercia. Quien se muestra insensible contra tal deseo, se deja arrastrar por este otro. Así no hay sér racional alguno que no se vea impulsado por una aspiración cualquiera y todos cooperan á la obra del bienestar común y del progreso.

P.—¿Según eso ¿cómo debemos considerar á las necesidades todas de nuestra naturaleza?

R.—Como espuelas que nos aguijan para que no se apodere de nosotros la ociosidad, que es la muerte. Al principio de la carrera, la naturaleza nos aplica el aguijón de las más groseras pero más enérgicas; después y á medida que nuestra actividad es más espontánea, sentimos las más suaves y delicadas del espíritu.

P.—¿Cómo contribuyen las necesidades á la unión y la paz entre los hombres?

R.—La fuerza de las múltiples necesidades es la fuerza de atracción, la cohesión de las agrupaciones humanas, porque desde el punto y hora en que fueron numerosas, los hombres se necesitaron cada vez más á fin de satisfacerlas bien. De no haber tenido sino un corto número de necesidades y esas invariables como sucede á los brutos, solo un sentimiento de temor les habría juntado en determinados momentos. Para que la unión de los hombres sea permanente, son indispensables intereses permanentes también.

P.—Diga Vd. eso más llana pero más claramente.

R.—Supongamos que diez hombres sienten cada uno las mismas diez necesidades; que tienen necesidad de cultivar el trigo, molerle y cocerle para comer pan; de cuidar ovejas, hilar ó te-

jer la lana y cortar ó coser el paño para abrigarse; de preparar el cuero para hacer con él calzado; de hacer vasijas y cortar leña para el fuego. Si cada uno de ellos vive aislado tendrá que ser agricultor, molinero, panadero, pastor, tejedor, sastre, curtidor, zapatero, alfarero y leñador. Todo lo hará mal aunque le rinda el trabajo, y sus necesidades no podrán ser cumplidamente satisfechas; pero si se acercan y se avienen y cada cual toma á su cargo uno de aquellos oficios para servirse á sí mismo y á los otros nueve, todos podrán quedar satisfechos con mucha ménos fatiga y se sentirán infinitamente más felices. Por lo mismo que se necesitan, procurarán vivir en paz y respetarse. Por eso decimos que la variedad y multitud de las necesidades de los hombres, tienen por objeto y resultado el reunirlos en la paz y la concordia por medio del interés.

P.—¿Sucede lo propio entre el hombre y la mujer?

R.—Sí señor, el hombre y la mujer tienen necesidades comunes pero tambien las tienen privativas de cada sexo.

Por eso se prestan mutuamente un sin número de cuidados, y por eso se manifiesta entre ellos mucho más enérgica la simpatía, que es una necesidad sentimental de nuestra naturaleza. El hombre es fuerte, en él domina la razon fria, la inteligencia razonadora. La mujer débil, dulce y pasiva, es más viva y perspicaz porque la domina el sentimiento.

P.—¿De qué manera resulta de todo eso una perpétua union entre los dos sexos?

R.—Porque así el hombre como la mujer, conocen instintivamente que se necesitan para completarse y porque de esta union nace la familia, molécula integral de toda sociedad dentro de la civilizacion y del progreso.

P.—¿Cuáles son esas sociedades, resultados de la formacion de la familia?

R.—Primero la tribu y el pueblo, despues la nacion y la pátria.

LECCION XIV.

Del trabajo.

P.—¿Qué entiende Vd. por trabajo?

R.—Aquella série de esfuerzos que de grado ó por fuerza hace, para conseguir un fin, un sér organizado.

P.—Segun esa definicion, ¿solo trabajarán los animales?

R.—Así debería entenderse para evitar confusiones que han nacido y nacen de designar con la misma palabra fenómenos diferentes en su esencia; pero la pobreza de las lenguas y el atraso en el estudio y análisis de cuestiones tan vitales, han obligado á extender los términos de *trabajar* y *trabajo* á los movimientos de las máquinas y á otros esfuerzos, ciegos ó fatales, que nunca debieron confundirse con el trabajo propiamente dicho.

P.—¿De qué modo podríamos evitar nosotros por de pronto semejante confusion?

R.—Dividiendo en tres categorías, tres grupos diferentes de fenómenos distintos en su esencia, pero confundidos en el lenguaje vulgar bajo el mismo nombre.

Estos tres grupos son el trabajo mecánico, trabajo animal y trabajo humano.

P.—¿En qué se diferencia estos tres trabajos?

R.—En los elementos esenciales que concurren á su manifestacion.

P.—Esplaye Vd. cuáles sean esos elementos.

R.—Para producir el trabajo de una máquina, basta disponer la materia inerte de tal modo que, movida por una fuerza ciega, ejecute esfuerzos sin voluntad y sin conciencia.

En el animal que trabaja, concurre, además de la materia (organizada ya) y de la fuerza, un elemento que no es ni una ni otra cosa; cuyo elemento, que llamamos instinto, tiene algo de voluntad é inteligencia.

El trabajo humano es producto de tres géneros de esfuerzos que para producirle se aunan y confunden: obra un sentimiento que, sin razonar, estimula y determina la acción, obra una inteligencia que piensa ó dirige y sabe que piensa y dirige, y obra la materia organizada al obedecer los músculos á un espíritu consciente.

P.—¿Existen siempre estos tres elementos en el trabajo del hombre?

R.—Sí señor, siempre que se encuentre el trabajador en el estado normal y de salud, siempre que su libertad no sea en manera alguna cohibida, ó lo que es lo mismo: siempre que el trabajador sea hombre y pueda trabajar como hombre.

P.—¿Y el trabajo de la humanidad, contiene siempre los mismos tres elementos?

R.—Sí señor. El trabajo colectivo de todos los hombres es siempre armónico.

P.—¿Y consta nuestro trabajo de iguales partes de esfuerzos sentimentales, intelectuales y físicos?

R.—Al contrario: la composición del trabajo humano varía al infinito. En unos casos parece como que el trabajo es puramente material, y sin embargo, jamás el hombre es una máquina ni deja de moverse á impulsos del sentimiento iluminado por su inteligencia; en otros, el trabajo intelectual predomina de manera que no se advierte el trabajo físico, aunque jamás desaparece por completo; y en fin, existen con frecuencia casos (como en los trabajos del artista ó del filántropo) en que la inmensa cantidad de sentimiento casi borra, para el observador superficial, la parte de inteligencia y de esfuerzos corporales sin los cuales no podrian existir.

P.—Resúma Vd. estas verdades en una fórmula científica.

R.—La composición cualitativa del trabajo humano es siempre la misma, pero la cuantitativa varía sin cesar al infinito. Lo cual significa que en el hombre siempre concurren á trabajar sentimientos, inteligencia y materia, pero en proporciones muy variables?

LECCION XV.

Del modo de satisfacer nuestras necesidades.

P.—¿Puede el hombre satisfacer sus necesidades siempre que quiera y gratuitamente?

R.—De ningun modo. Las necesidades no se satisfacen, como regla general, *de balde*. Solo en un estado salvaje y primitivo, cuando una poblacion muy corta habita una comarca extensa y privilegiada por la naturaleza, los hombres pueden á veces satisfacer incumplidamente la necesidad más grosera de todas, cual es el comer, gracias á las frutas y las bayas naturales con que les brinda un suelo feraz. Aun así y todo, algun esfuerzo habrán de hacer antes de asimilarse el alimento. En todos los demás casos, la satisfaccion de cada necesidad tiene que comprarse y hay que pagar su precio de antemano, porque la naturaleza nunca fia.

P.—¿Qué precio es ese?

R.—Una cantidad de trabajo humano; cierto número de esos esfuerzos más ó menos penosos que el hombre se ve obligado á hacer para conseguir un fin.

P.—¿No habrá algun medio de que la humanidad satisfaga sus necesidades sin trabajar, solo con deseirlo, sin esfuerzo alguno?

R.—Imposible. Las leyes eternas, constantes, invariables de este mundo lo impiden para la humanidad en conjunto. Sin que trabaje la humanidad, no se pueden satisfacer las necesidades de la humanidad.

P.—¿Es esta ley ineludible para todos y cada uno de los individuos?

R.—Es ineludible, fatal, para los hombres *en junto*; pero respecto á los individuos, pueden presentarse excepciones. En primer lugar, un individuo puede satisfacer sus necesidades con el fruto ahorrado de un trabajo anterior; es posible y legí-

timo que viva sin esfuerzos de presente por haberlos hecho con exceso en una época pasada. En segundo lugar, podrá suceder tambien que uno trabaje para cubrir las necesidades de otros, y en este caso, aunque estos otros no trabajen, satisfarán sus necesidades sin pagar ellos su precio, pero nótese que no podrían satisfacerlas sin que *alguien* le pagase.

P.—¿Quiere Vd. decir que el precio se ha de pagar forzosamente por alguien, pero que no es forzoso que quien goce de la satisfaccion pague personalmente el precio de ella?

R.—Precisamente. El pago prévio por *alguien*, es ineludible, pero *uno* puede ser el que compre la satisfaccion con sus esfuerzos, y *otro* quien de ella disfrutè, quien se aproveche de ella en beneficio propio.

P.—¿Y no cree Vd. que esto está muy mal dispuesto?

R.—No señor. Si el que satisface la necesidad lo verifica arrebataando al que trabajó el fruto de su trabajo, esto en verdad es injusto é irritante; mas semejante peligro no podía evitarse so pena de privar tambien al hombre de su más noble atributo: el de la abnegacion. Si cada cual tuviese que hacer precisamente por sí, los esfuerzos exigidos para satisfacer sus necesidades, entonces el hijo no podría trabajar para sus ancianos padres, el hermano por el hermano, el padre por sus hijos, el hombre por la mujer, ni los fuertes por los débiles, y esto constituye precisamente el atributo más noble de nuestro sér.

P.—Hay sin embargo, en esta ley un peligro que Vd. acaba de indicar.

R.—Seguramente: que el fuerte abuse de su fuerza para hacer trabajar á otros en pró suya. Esto es lo que distingue el medio *legítimo* de satisfacer nuestras necesidades, del *ilegítimo*.

LECCION XVI.

De cómo podemos emanciparnos del trabajo.

P.—Segun la última respuesta de la leccion anterior ¿hay algun medio para que el hombre se emancipe del trabajo?

R.—Dos medios existen para emanciparnos del trabajo físico. Uno de ellos, legítimo, justo, conveniente; el otro, ilegítimo, injusto, perjudicial.

P.—¿Cuál es el medio legítimo?

R.—El de hacer trabajar por nosotros á los brutos irracionales, á las máquinas que podemos inventar, á las fuerzas ó agentes naturales, como la pesantéz, el viento, el calor y la electricidad.

P.—¿Cuál es el medio ilegítimo?

R.—El de obligar á nuestros semejantes, por la fuerza ó por el engaño, á trabajar, y despojarles del fruto de sus esfuerzos para satisfacer nuestra necesidades.

P.—¿Puede el hombre descargar sobre los animales, las máquinas, ó las fuerzas naturales, todo su trabajo y vivir en la holganza?

R.—De ningun modo. La parte única del trabajo humano de que el hombre puede emanciparse, es la física ó material y esto nunca por completo. Nadie podria pensar por él, nadie podria sentir por él.

P.—Explique Vd. esto con mayor claridad.

R.—El trabajo humano, segun dijimos en la leccion XIII, se compone siempre de movimientos materiales, de movimientos intelectuales y de movimientos sentimentales. Pues bien, el hombre puede descartarse, librarse, emanciparse legítimamente de una gran parte, ó de casi toda la fatiga corporal, haciendo trabajar físicamente á los animales ó las máquinas, mientras él sigue pensando y sintiendo lo necesario para completar los elementos indispensables á cada trabajo.

P.—¿Pero nos llegaremos á emancipar algun dia, por este medio, de todo el trabajo físico y muscular?

R.—No señor. Siempre quedará á nuestro cargo alguna parte de trabajo corporal, porque eximir á nuestro cuerpo de todo esfuerzo físico, equivaldria á morir.

P.—¿Por qué ha llamado Vd. ilegítimo el que unos hombres hagan trabajar á otros?

R.—Lo he llamado un medio ilegítimo cuando hacemos trabajar á nuestros semejantes á la fuerza, ó por el fraude, para arrebatarnos despues las satisfacciones producidas por su trabajo y que deberian ser suyas. Si les obligamos á trabajar en beneficio suyo, entonces lejos de hacer un acto ilegítimo, hacemos el acto más meritorio.

P.—Diga Vd. ahora qué resulta cuando algunos trabajan voluntariamente por otros.

R.—Trabajar unos hombres en beneficio de otros, de buen grado y por amor, constituye el más noble privilegio de la raza humana. Es acto de abnegacion, de sacrificio; el que dá origen y robustece á los más tiernos, duraderos y sagrados lazos de la vida.

P.—¿No hay algun otro caso en que el hombre trabaje con su cuerpo para otro?

R.—Hay el caso de la asociacion, en la cual parece que unos trabajan y otros huelgan; pero no es así. Si en la asociacion no ha habido fraude ni fuerza, si es perfectamente voluntaria, lo que sucede es que, teniendo que ser todo trabajo humano (Leccion XIII) muscular, intelectual y sentimental, ó diciéndolo con mayor sencillez, corporal y espiritual, unos se pueden encargar de lo primero y trabajar para la obra comun con su cuerpo, y otros tener á su cargo lo segundo, trabajando con su cabeza y su corazon. Si todos cooperan de buena fé, segun las bases convenidas, su proceder es legítimo y todos encontrarán el premio de su trabajar mejorando de condicion. En una nacion, por ejemplo, la division del trabajo hace que unos trabajen principalmente con el cuerpo y otros con el espíritu, de mil modos y maneras; pero semejantes desigualdades y diferencias son perfectamente legítimas.

LECCION XVII.

De los bienes y del valor.

P.—¿Cómo llamaremos á todas las cosas, los conocimientos y las verdades que, permitiéndonos satisfacer las necesidades de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu, nos hacen más ricos y felices?

R.—Bienes y utilidades.

P.—¿Tienen todos los bienes igual valor?

R.—Segun y conforme se entienda este vocablo. La palabra valor tiene dos significaciones. Si la tomamos en el sentido directo, lato, absoluto, podemos decir que todos los bienes tienen valor, porque todos sirven para satisfacer una necesidad, más ó ménos apremiante, en un instante dado de nuestra vida; pero si damos al valor el significado restringido del lenguaje económico, entonces parecerá como que hay bienes que tienen valor y otros ninguno.

P.—¿Qué significacion es esa del lenguaje económico?

R.—En la ciencia económica no se dá valor, sino á todo lo que tiene precio en el mercado, ó que es susceptible de cambiarse y cotizarse.

P.—Explique Vd. cómo puede haber bienes sin valor comercial

R.—El aire y el agua son dos bienes de estimable valor para el hombre, puesto que sin ellos no puede vivir. Si le faltasen, daria por ellos cuanto poseyera.

Pongamos, sin embargo dos familias, orilla de un gran rio, y los individuos de la una no cambiarán con los de la otra aire por agua, ni agua por aire, por la sencilla razon de que todos y cada uno tiene ambas cosas á su disposicion en abundancia. Es decir, que económicamente hablando, no tendrán aquellos bienes ni precio ni valor, porque son enteramente gratuitos para todos.

P.—¿Cuándo adquieren los bienes valor mercantil y precio entre los hombres?

R.—Cuando para adquirir un bien hay que dar en cambio otro ó hacer una cantidad de esfuerzos. Ese agua misma del rio, que acabamos de suponer sin valor, le adquiere desde el momento en que alguien tiene que ir á buscar lejos, nos la trae con su trabajo, y exige para cedérsela que le demos otra cosa en cambio.

Una familia tiene ovejas y otra frutas. Desde el momento en que cambian una cesta de fruta, por una oveja, se dice que una oveja *vale* una cesta de fruta, ó que una cesta de fruta *vale* una oveja.

P.—Segun eso ¿qué es el valor económico ó comercial?

R.—El valor económico es una creacion convencional puramente humana. Los bienes naturales no cambian en su esencia y son siempre útiles y valiosos, pero el aprecio que de ellos hacemos, segun su *necesidad* á la par que su *rareza*, es lo que los dá su valor económico.

P.—¿De qué depende pues el valor de una cosa?

R.—De su *utilidad* y de su *rareza* combinadas. Una sola de estas cualidades no basta para conferir valor á una utilidad cualquiera. Nada más útil que el aire pero nada menos raro, y de aquí que no tenga valor comercial. Poca es la utilidad del diamante, aunque alguna tiene, grandísima su rareza, y en el mercado vale mucho.

P.—¿Quiere Vd. repetir esto en otra forma?

R.—Los bienes ó utilidades *gratuitas* no alcanzan valor comercial, porque ó no tienen utilidad ó son por todo extremo abundantes.

En general, cuando un bien alcanza tal abundancia que está á la disposicion de todos, se convierte de oneroso en *gratuito* ó *casi gratuito*.

Entre los bienes *onerosos* alcanzan mayor valor los que teniendo alguna utilidad, son extremadamente raros, ó los que siendo algo raros son de inmensa utilidad.

La *utilidad* y la *rareza* son los dos factores que constituyen el valor económico ó mercantil. Pueden variar sus proporcio-

nes en cada caso; pero uno solo de ellos no dá valor á la cosa.

P.—¿Existen utilidades ó bienes sin valor comercial?

R.—Sí señor. Los bienes espirituales, la ciencia y la moral, á pesar de su inmenso valor, no se pueden cotizar sino cuando se traducen en servicios. Solo las manifestaciones externas de esos valores inestimables, encerrados en nuestra conciencia, son las que tienen su precio y pueden tomarse en cuenta para valorarle y pagarle.

P.—Pero ¿debemos considerar el saber y una sana moral como utilidades valiosas?

R.—Tanto, que sin ellas todas las demás utilidades, ó no existen, ó perecen.

P.—Luego ¿qué comprende Vd. bajo la denominacion de utilidades?

R.—Lo que dijimos al principiar la leccion: todo aquello que puede satisfacer una necesidad de nuestro cuerpo, de nuestra inteligencia, ó de nuestro corazon. Poco importa que los hombres no señalen á muchas utilidades inmateriales un precio en el mercado; le tienen en la práctica, y la fuerza de las cosas nos le exige y nos le cobra, cuando procuramos adquirirlas.

LECCION XVIII.

De las diferentes clases de bienes ó utilidades.

P.—Dijo Vd. en la leccion anterior que habia varias clases de bienes ó utilidades: ¿quiere Vd. decirnos cuántas clases de bienes ó utilidades hay?

R.—Todas las utilidades que el hombre aprovecha para vivir cada vez mejor, ó para satisfacer mayor número de necesidades con ménos trabajo, se pueden dividir en dos clases, á saber: en bienes gratuitos, y bienes onerosos.

P.—¿Qué son bienes gratuitos?

R.—Los que nos ofrece en abundancia ilimitada la naturaleza, y que podemos obtener sin trabajo nuestro, como el aire, el calor solar, la tierra y su fecundidad, las diferentes materias que constituyen la corteza sobre que vivimos y las facultades, ó aptitudes naturales que recibimos al nacer.

P.—¿Cuáles son los bienes onerosos?

R.—Bienes onerosos son aquellos que nos cuestan alguna suma de trabajo y que por lo mismo son los que tienen, en la práctica, realidad en el mercado, los que se aprecian y cambian, los que tienen valores mercantiles bien determinados, como el trigo y la carne, el vino y el aceite, el paño y el cuero, el libro y la casa, la estatua y el cuadro, la lección del profesor ó la experiencia del tenedor de libros.

P.—¿Tienen igual carácter de permanencia todos estos bienes?

R.—No señor. Los bienes gratuitos son los únicos que pueden considerarse como permanentes; porque solo podrían faltar-nos cuando sucediese un gran trastorno en la naturaleza, por ejemplo: cuando se apagase el sol, ó cuando la tierra dejase de producir sus frutos. Los bienes onerosos son perecederos de suyo. Con el trabajo y los progresos se abaratan, es decir, cuestan al hombre cada vez menos trabajo, pero tambien se encarecen con la pereza ó la maldad y hasta pueden desaparecer. Si nos entregásemos á la holganza y á las malas costumbres, el saber de nuestra época mermaria sin cesar hasta volvernos á un estado semi-bárbaro, y la tierra, que hoy produce mucho, se cubriría de malezas y pantanos si no conserváramos los conocimientos adquiridos con los esfuerzos de nuestro cuerpo, de nuestra inteligencia y de nuestro corazón.

P.—Luego ¿la posesion de los bienes onerosos depende de nuestra voluntad?

R.—Los bienes onerosos con valor en el mercado, abundan ó escasean, cuestan más ó menos, segun cómo y cuánto trabajamos, pero jamás se obtendrán enteramente de balde.

Su mayor ó menor abundancia son el premio ó el castigo de nuestra conducta.

Si somos pacíficos, razonables, diligentes, abundan y se aba-

ratan: si persistimos en la pereza, en la sin razon, en la discordia, escasean y se encarecen.

LECCION XIX.

Lo que es riqueza.

P.—¿Qué debemos entender por riqueza?

R.—Todo cuanto sirve ó puede servir para satisfacer nuestras necesidades mediata ó inmediatamente, de una manera directa ó indirecta, es una parte de riqueza. Riqueza es toda suma de bienes ó utilidades.

P.—Ponga Vd. algunos ejemplos.

R.—El trigo que nos sustenta, el agua pura y el aire sano, la pluma sin la cual no hay escribir, los conocimientos científicos que nos enseñan las leyes de este mundo, las buenas costumbres, custodios de nuestras personas y de nuestros bienes, son una parte de riqueza.

P.—Entonces, segun Vd. la riqueza comprende y abarca todo cuanto satisface nuestras necesidades materiales, intelectuales y sentimentales.

R.—Indudablemente y la noción errónea que se han formado los hombres sobre este punto, es quizás el origen de una gran suma de infelicidad.

P.—¿Y por qué?

R.—Porque el comun de las gentes han aprendido hasta aquí que no deben considerar como riqueza sino la material, y es la única que por todos los caminos ambicionan. Sin embargo, oro es lo que oro vale y más que oro es lo que oro produce. Si el oro se desea tanto porque con él se compran muchas satisfacciones ¿por qué no ha de incluirse con igual valor en el catálogo de la riqueza todo cuanto aumenta el número de aquellas ó que nos las asegura?

P.—¿No confunde Vd. cosas distintas?

R.—No señor. Lo que procuro es destruir un error que mina por el mismo pié nuestro bienestar aminorando la riqueza.

P.—Explíquese Vd.

R.—Un pueblo está agoviado de contribuciones porque no conoce el respeto á la ley y sólo á fuerza de soldados y de empleados se le puede mantener en paz, primera condicion de su existencia. Desea y busca riqueza con la cual levantar sus cargas públicas. Si se le proporcionase el oro necesario para ello, se sentiria rico. Pues bien, quien le infunda respeto al derecho de los demás, le transforme en justo y pacífico, y con ello disminuya ó haga desaparecer por innecesarios los gastos de ejército, de policía, de tribunales y otros mil, ¿no producirá para la riqueza el mismo resultado? Al inocularle buenas costumbres, ¿no le hará en verdad y en realidad más rico, dejándole libre para disponer de recursos materiales que ántes consumian sus pasiones ó sus vicios? ¿No habrá puesto á su disposicion el oro que ántes destinaba á pagar contribuciones? Luego las buenas costumbres, el sentimiento que estampe en la conciencia la ley del deber, es una parte de riqueza.

P.—¿Sucede lo mismo con respecto á la inteligencia?

R.—Enteramente lo mismo. El trabajo humano tiene que ser armónico para que produzca el bienestar y la verdadera riqueza. Sin que la inteligencia conozca con verdad y exactitud las leyes inmutables del universo, el hombre no sabrá utilizar todos los medios con que le brinda la naturaleza para satisfacer sus crecientes necesidades. Si sabe, podrá ser rico, pero si es ignorante, siempre será pobre. Luego el saber se traduce en riqueza material.

P.—¿De dónde nace el hecho actual de no considerar como riqueza más que la tangible y material de las cosas?

R.—De una noción imperfecta del trabajo del hombre y de admitir que puede trabajar de cuerpo sin sentir y sin pensar, ó lo que es lo mismo : que el músculo organizado trabaja sin que sus movimientos se hallen íntimamente relacionados con otros correspondientes del espíritu.

P.—¿Cómo podrá corregirse este mal?

R.—Enseñando la verdadera naturaleza del trabajo humano, enseñando que, siendo armónico, la suma de sus productos debe ser armónica también; en otros términos: haciendo comprender á todos los hombres, desde la infancia, que la verdadera riqueza lo mismo para el individuo como para la nación, tiene que formarse con bienes materiales intelectuales y morales. Sin esto, toda la riqueza es incompleta y no puede hacernos verdaderamente felices.

LECCION XX.

De las diferentes clases de trabajo.

P.—Segun la leccion XIV, el trabajo humano consta siempre de movimientos físicos, intelectuales y sentimentales: ¿se pueden clasificar los diferentes trabajos en vista de la proporcion en que se manifiesten aquellos tres elementos?

R.—Es ya costumbre admitida llamar al trabajo por el apelativo del elemento que predomina con exceso sobre los otros dos. Así entendemos por trabajo físico ó corporal aquel en que la suma de esfuerzos musculares es mayor que la de los espirituales; trabajo intelectual cuando la inteligencia se agita principalmente, y trabajo sentimental si el sentimiento está en accion hasta el punto de oscurecer los movimientos intelectuales y físicos.

P.—¿Hay alguna otra manera de clasificar las diferentes clases de trabajo?

R.—La clasificacion anterior es, respecto de su composicion cuantitativa, ó más bien de la esencia del trabajo; pero si le consideramos *con relacion á sus resultados*, pueden hacerse otras tres divisiones muy principales.

P.—Diga Vd. cuáles sean esas divisiones.

R.—Considerando al trabajo segun los resultados que produ-

ce, podemos dividirlo en trabajo *útil*, trabajo *fecundo* y trabajo *ruinoso*.

P.—¿Qué entiende Vd. por trabajo útil?

R.—Aquel que produce lo bastante para cubrir nuestras necesidades inmediatas, pero sin dejar sobrante.

P.—¿Qué debemos entender por trabajo fecundo?

R.—Aquel que, además de darnos para cubrir nuestras necesidades inmediatas, deja un sobrante con que satisfacer las venideras.

P.—¿Qué es trabajo ruinoso?

R.—Aquel que no cubre nuestras necesidades inmediatas, ó que destruye alguna parte de riqueza ya creada.

P.—¿Cuál es el más ventajoso de estos tres trabajos?

R.—El trabajo fecundo, porque es fructuoso, porque es el único que dejando sobrantes nos permite atesorar bienes ó utilidades para lo futuro.

P.—Y despues de este ¿cuál es preferible?

R.—El trabajo útil, pues al menos, produce para sostenernos y satisfacer nuestras necesidades de hoy.

El trabajo ruinoso debe evitarse á todo trance.

Quien le ejerce de cualquier modo, es un enemigo público.

P.—Ponga Vd. algun ejemplo de trabajo ruinoso.

R.—Cualquiera industria en la cual los productos valen menos de lo que para obtenerlos se gasta: la guerra que es por lo comun el trabajo más rudo pero tambien más ruinoso.

P.—Segun todo lo que Vd. me dice el trabajo *solo*, no es riqueza.

R.—Es claro que nó. Así podemos trabajar ó hacer esfuerzos para producir como para destruir. El trabajo es como todos los medios: excelente si se dirige bien, malo si se emplea sin concierto. El trabajo solo no es riqueza. Es uno de los requisitos indispensables para producirla siempre que sea fecundo.

LECCION XXI.

De los obreros.

P.—¿Qué entendemos por obrero?

R.—Vulgarmente se entiende por obrero aquél que trabaja con su cuerpo, ó aquél cuyo trabajo exige principalmente los esfuerzos de sus músculos.

P.—¿Son estos obreros los únicos que trabajan y producen?

R.—No señor, tan lejos está de la verdad semejante concepto, que el trabajo del obrero es tanto más despreciable cuanto más consta de los esfuerzos de su cuerpo y menos de los de su inteligencia y corazón.

P.—Segun eso ¿habrá muchas clases de obreros?

R.—Todos cuantos hombres contribuyen en poco ó en mucho al bienestar de sus semejantes, son obreros en la obra comun. Unos trabajan principalmente con sus músculos como el bracero, el labrador, el artesano, el soldado; otros con su inteligencia como el comerciante, el jefe de una fábrica, el profesor, el sábio; otros con su corazón como el moralista, el filántropo, el sacerdote. Hasta el rico, si administra bien su hacienda ocupándose en acrecentarla por medios legítimos y sin despojar á nadie de lo suyo, es un obrero administrador del acerbo comun y al trabajar para sí, trabaja para sus semejantes.

P.—¿Por qué llama Vd. obreros á todas esas clases de la sociedad que no trabajan físicamente con su cuerpo?

R.—Porque no nos debemos cansar de repetirlo: el trabajo humano es *siempre* complejo y formado de tres clases de esfuerzos. No porque predomine en la composición de tal ó cual trabajo, tal ó cual clase de esfuerzos, deja de ser trabajador, ú obrero productor, el que los hace.

P.—¿No cree Vd. que es injusto que unos suden con su cuerpo y otros vivan descansados?

R.—Podrá haber algun caso particular que nos irrite, pero en

la inmensa mayoría no hay semejante injusticia. Trabajos hay de cabeza, cuidados hay de corazón, que rinden cien veces más que las fatigas del cuerpo. Tampoco puede dudarse que los trabajos espirituales son de un orden superior. Además pronto veremos en las próximas lecciones los medios que tiene cada cual para emanciparse del trabajo *corporal*.

P.—¿No debemos esperar que algún día vendrá en que todos los obreros sean iguales?

R.—Imposible. Eso sería la muerte de toda sociedad. La naturaleza no produce dos hojas de un árbol iguales, como no produce dos hombres con iguales aptitudes. Semejantes diferencias en las facultades y necesidades de cada cual, son la causa eficaz y siempre activa de la unión entre la especie, según digimos en la lección XIII, pero son también la fuente de todas las desigualdades sociales.

LECCION XXII.

De las diferentes clases de riqueza.

P.—¿Cómo se clasifica la riqueza?

R.—Así como se divide el trabajo en tres clases, según predomine en el conjunto de nuestros esfuerzos, uno de los tres elementos de nuestra naturaleza, así también se puede dividir la riqueza en material, intelectual y sentimental.

P.—¿Es esto lo que está admitido y se hace?

R.—A pesar de que todos los pueblos, para expresar hechos que se imponen por su evidencia, dicen *rico en ideas ó saber*, *rico en sentimiento*, ninguno considera riqueza sino los bienes materiales atesorados y prontos á satisfacer nuestras necesidades *materiales*.

P.—¿Qué consecuencias puede tener esto?

R.—La consecuencia de todo error: esos males que de tiem-

po en tiempo se manifiestan como terribles delirios, perturban las sociedades, primero, y despues las empobrecen y escarmentan.

P.—¿Cómo conviene considerar la riqueza de un pueblo?

R.—Como armónica. Producto del trabajo humano, no es eficaz ni duradera sí, como él, no se compone de elementos materiales, intelectuales y sentimentales. Para que un pueblo sea verdaderamente rico necesita poseer: 1.º, utilidades materiales atesoradas, producto de su trabajo: 2.º, conocimientos científicos para saberlas usar, conservar y aumentar, y 3.º, sentimientos morales que den unidad y cohesion al todo, paz á los ciudadanos y seguridad en todas partes.

P.—¿No dijimos en la leccion XVIII que habia en el mundo bienes ó utilidades unas gratuitas y otras onerosas?

R.—Sí señor.

P.—¿Luego, existirá tambien riqueza gratuita y riqueza onerosa?

R.—Es evidente que sí.

P.—¿Qué debemos entender por riqueza onerosa?

R.—Todo aquello que pudiendo satisfacer nuestras necesidades, tiene precio en los mercados, porque nos cuesta cierta suma de trabajo de actualidad.

P.—Ponga Vd. algun ejemplo.

R.—El trigo que no se puede obtener sin trabajar ó sin dar por él un equivalente; el saber de un profesor, de un ingeniero, cuyos servicios necesitan remunerarse; los servicios de un moralista que enseña las verdades sobre el bien y el mal, que nos inspira el amor al prójimo ó nos hace desear la paz y la concordia, pero que necesita vivir y reclama de nosotros algun pago.

P.—¿Qué es riqueza gratuita?

R.—La que nada nos cuesta, bien porque la naturaleza nos la suministra en abundancia ilimitada, bien porque el hombre con su trabajo la haya generalizado hasta tal punto que para adquirirla sea bastante querer.

P.—¿Qué clase de utilidades son las que de onerosas pueden hacerse gratuitas?

R.—Las utilidades inmateriales, las que constituyen la riqueza intelectual y la sentimental.

P.—¿Por qué medios pueden llegar á ser gratuitas las utilidades intelectuales y sentimentales, cuya adquisicion en un tiempo nos costaba esfuerzos?

R.—Principalmente por medio de la educacion de la mujer. Las ideas falsas ó verdaderas, los sentimientos malos ó buenos que nos inculcan nuestras madres en la infancia y que nosotros recibimos sin trabajo para formar con ellos el fondo indeleble de nuestro carácter, constituyen fatalmente nuestra desgracia ó nuestra dicha, y son la causa principal de nuestra futura pobreza ó de nuestra riqueza. Todo pueblo en donde la mujer no sea ilustrada, moral y buena, es un pueblo en peligro de muerte.

P.—¿Son constantes en la tierra las cantidades de riqueza gratuita y onerosa?

R.—No señor. Mientras el hombre trabaje armónicamente, aumentará sin cesar la riqueza gratuita y la onerosa tenderá á hacerse casi gratuita. Es lo que entendemos por abaratare los productos.

P.—¿Qué resultará de aquí?

R.—Que mayor número de hombres satisfarán más fácilmente de dia en dia mayor número de necesidades y se sentirán más ricos y más felices.

LECCION XXIII.

De cómo se produce la riqueza.

P.—¿Por qué medios se produce la riqueza?

R.—Ya hemos dicho que hay verdadera riqueza gratuita, no producida por el hombre, y que nada cuesta por lo tanto. La riqueza onerosa se produce por el trabajo armónico.

P.—Diga Vd. cómo.

R.—La naturaleza nos proporciona toda clase de materias, todas las fuerzas, todas las facultades gratuitamente; el hombre para aprovechar todos estos elementos y transformarlos en riqueza, solo pone, por efecto de su voluntad, una serie de movimientos, ó lo que es lo mismo su trabajo.

P.—Esplaye Vd. esa verdad.

R.—Si se examina cualquier acto de produccion, por ejemplo, el agrícola de sembrar y recoger el trigo, se verá que el labrador roza, cava, ara y siembra con una multitud de movimientos de sus músculos, de su cerebro, de su corazon, pero que materia, luz, agua, calor, feracidad todo se lo suministra gratuitamente la naturaleza. Lo mismo sucede en las demás producciones incluso las del espíritu, porque los hombres reciben gratuitamente de la naturaleza las facultades y funciones espirituales, que son la materia productora de las ideas y afectos, y lo único con que contribuyen es con la voluntad, con movimientos del elemento inmaterial para poner en actividad sus propias fuerzas y las fuerzas de los animales ó de la naturaleza de que dispone cuando sabe y quiere.

P.—¿Qué es, pues, lo que crea el hombre?

R.—Una cosa convencional y humana: *los valores*. De todo lo demás, nada, absolutamente nada, puede ni podrá crear. Imposible nos es en absoluto crear un átomo de materia, ni un asomo de fuerza. Así, ni podemos aumentar, ni disminuir en lo más mínimo la suma de materias ó de fuerzas existentes, como tampoco la extension de las facultades del alma. Solo nos es dado transformar, dar forma ó modificar, adaptarlo todo á la satisfaccion de nuestras necesidades. Así, damos á las cosas un precio convencional y constituimos la riqueza.

P.—De manera que el hombre crea riqueza?

R.—Cabalmente. El hombre nada crea sino una cosa efimera y perecedera como él: la riqueza *onerosa*. Sin embargo, esta creacion convencional aumenta su bienestar y le permite pasar ménos mal la vida.

P.—¿Quiere Vd. decirnos si el hombre puede hacerse rico á voluntad?

R.—Ya he indicado que el trabajo no es la riqueza. Ahora diré que no basta querer para ser rico. Pero lo que es evidente de toda evidencia es que la riqueza *solo se produce* por medio del trabajo, y por lo tanto todo aquel que quiera hacerse más rico legitimamente y sin apropiarse el bien ageno, tiene que trabajar, pero trabajar fructuosamente hasta lograrlo.

LECCION XXIV.

Del capital.

P.—¿Qué entendemos por *capital* en el lenguaje comun?

R.—Una acumulacion de bienes onerosos, pero *materiales*, que se tienen en reserva para satisfacer nuestras necesidades.

P.—¿Es esta definicion exacta y perfectamente ajustada á los hechos?

R.—No señor, porque existen evidentemente capitales in-materiales, formados por el trabajo espiritual ó por esfuerzos intelectuales y sentimentales, cuyos capitales inmateriales tienen precio en el mercado, por más que ni se puedan pesar ni medir.

P.—Sírvasse Vd. explicar esa idea con algun ejemplo.

R.—Un hombre que ha recibido de la naturaleza el don gratuito de tales ó cuales facultades, las cultiva con su trabajo armónico, acumula en su cabeza y su corazon ideas útiles y buenos sentimientos, y cuando ofrece aquel capital en forma de servicios á sus semejantes, puede cambiar y cambia productos intelectuales y sentimentales, por lo que el vulgo llama exclusivamente riqueza: por utilidades materiales.

P.—Segun eso, ¿cuántas clases de capital existen?

R.—Generalmente en la composicion de todo capital entra algo de material y algo de inmaterial. Producto, en casi todos los casos del trabajo fecundo, los capitales, aun aquellos que

parecen ser materia y nada más, tienen algo que no lo es, y sin lo cual no existirían. Este algo es el trabajo espiritual que les dá forma y valor. Esto, sin embargo, podemos decir que hay capitales *materiales* y capitales *inmateriales*.

P.—Sírvasse Vd. citar algunos capitales materiales.

R.—Capital material es una suma cualquiera de dinero; una cantidad de metales utilizables; una casa, una fábrica, un rebaño; los géneros de una tienda, ó los aperos y ganados de una labranza; la herramienta de un artesano, ó las primeras materias que tiene para convertirlas en artefactos.

P.—Cite Vd. ahora algunos capitales inmateriales.

R.—Son capitales inmateriales la pericia de un agricultor como la ciencia de un ingeniero ó un químico; la habilidad de un artífice ó el sentimiento cultivado de un artista; así la experiencia del médico como la sagacidad del letrado.

P.—Segun eso ¿qué debemos entender por capital?

R.—Una suma cualquiera de bienes materiales ó inmateriales adquiridos por nuestros esfuerzos y con precio en el mercado, ó capaces de ser cambiados por valores.

LECCION XXV.

Origen y condiciones del capital.

P.—¿Quién ha creado el capital?

R.—El hombre. Ya dijimos que lo único que crea el hombre son los valores, porque el valor es una cosa convencional.

P.—¿Y tiene esta creacion carácter de permanencia?

R.—No señor. El capital es perecedero. Desaparece si no se conserva cuidadosamente.

P.—¿Tiene límite en su crecimiento?

R.—No señor. Puede aumentar casi indefinidamente si no



cesamos de trabajar de cuerpo y de espíritu, y conservamos lo atesorado.

P.—¿Por qué dice Vd. que hay que trabajar de espíritu y de cuerpo?

R.—Porque el trabajo de la humanidad ó de una nacion, tiene á la fuerza que ser armónico si no quiere caer tarde ó temprano en alguna clase de miseria.

P.—¿Cómo?

R.—Si un pueblo no trabajase más que con su cuerpo, quedaría reducido á ser una manada de bípedos al nivel de las abejas ó de las hormigas. Si solo trabajase con su cuerpo y con su inteligencia caería en una espantosa corrupcion, y á lo más podría ser un pueblo poderoso de bandidos. Unicamente trabajando física, intelectual y sentimentalmente es como acrecentará su capital sin límite y le sabrá conservar; solo así estará en aptitud de ser rico sin medida.

P.—Diga Vd. cómo interviene el espíritu en el acrecentamiento ilimitado del capital.

R.—Demos á una tribu salvaje nuestras máquinas, nuestros telégrafos y ferro-carriles, nuestros microscopios y telescopios, nuestras estátuas y cuadros, nuestros libros, todos esos valores inmensos que forman parte del capital de los pueblos cultos. ¿Qué valdrian al dia siguiente? Nada. ¿Y por qué? Porque sin el capital de ideas y de sentimientos, sin el capital espiritual, no puede existir, no existe la mayor parte de los valores.

P.—¿Qué deduce Vd. de todo lo que ha dicho?

R.—Primero: que en nuestro poder está el aumentar el capital indefinidamente. Segundo: que el desarrollo del trabajo físico, del trabajo intelectual y del trabajo sentimental tiene que ser simultáneo y armónico si deseamos aumentar ilimitadamente los bienes materiales. O más claro: que no podemos ser más y más ricos cada vez, si no somos cada vez más sábios y más buenos á la par. Lo útil y lo bueno son dos aspectos de la misma cosa.

P.—¿Qué más deduce Vd. de lo dicho?

R.—Que no teniendo valor el sin número de bienes materia-

les de los pueblos modernos, por ejemplo, sino en tanto que les acompaña otro capital de bienes intelectuales para saber utilizarlos y aun otro capital moral que garantice su buen uso y su conservacion, estos últimos bienes espirituales forman parte del capital de una nacion, toda vez que en realidad, son ellos los que dan valor á los bienes materiales.

LECCION XXVI.

Necesidad y utilidad del capital.

P.—En la leccion anterior ha dado Vd. á entender que el capital nos es absolutamente indispensable. ¿Es esto así?

R.—Tan indispensable para vivir la vida social, como el aire lo es para existir.

P.—Diga Vd. por qué.

R.—Sin capital, sin algo ahorrado y en reserva para poder reposarnos, sin riqueza onerosa acumulada para suspender un dia la fatiga del cuerpo y pensar holgadamente, los hombres tienen que ser salvajes y nada más.

Si algo les sacó de la barbarie, fueron los bienes ahorrados ó acumulados para gozar de los ócios del pensamiento, es decir: el capital. El capital ha sido y es nuestro redentor.

P.—Si el capital es necesario ¿será útil?

R.—Tan útil como que sin él no hay progreso posible, aún entendiendo por capital las acumulaciones de bienes materiales, como lo hace el vulgo. La riqueza material es como el cimiento de todo edificio: la parte más fea, lo más bajo y despreciable, pero sin ella no hay nada duradero. Sin ese cimiento social es absurdo querer levantar instituciones permanentes, las cuales siempre estarán en proporcion á la magnitud y condiciones del capital material disponible.

P.—Todo lo que Vd. acaba de decir, parece significar que el capital además de ser necesario y útil, debería ser por todos respetado, ¿por qué, pues, hay quien le destruye?

R.—Quien destruye capital es un enemigo público además de ser un menguado. Es como el que navegando con otros en una travesía incierta y larga, arrojase al mar las provisiones allegadas para sostener á todos.

P.—¿Qué razones puede haber para que se declame contra el capital?

R.—Razones ninguna; causas dos: la envidia y la ignorancia.

P.—¿Cómo es la envidia causa de que se declame y hasta se obre contra el capital?

R.—El espectáculo del bienestar ajeno produce, en las almas ruines, un sentimiento de ódio que las mueve á desear ver á los demás en una condicion humilde, y ya que no lo puedan lograr arrebatándoles los gozes de que disfrutaban, procuran destruirlos para hacer á todos iguales en la miseria.

P.—Y la ignorancia, ¿cómo es causa de guerra contra el capital?

R.—Por ignorar muchos hombres que hasta los capitales que parecen más inútiles no pueden existir, no pueden tener valor, sino á condicion de aumentar el bienestar general de las clases que se creen desheredadas.

P.—¿Ganaria alguna cosa la sociedad despojando á los capitalistas para repartir sus bienes entre los que no lo son?

R.—En primer lugar, apenas puede decirse que haya un hombre civilizado que no sea capitalista. Todos poseen, en una sociedad culta, algunas prendas, algun ajuar, alguna herramienta, tal ó cual clase de objetos, además de algunas nociones de moral, algun conocimiento técnico ó científico, cierta pericia ó habilidad adquirida, algo, en fin, que es un capital diminuto, en ciernes. El más ó el ménos no altera la esencia de las cosas. Lo que el vulgo llama capital es un capital considerable, grande; pero capital es tambien la cantidad más pequeña de bienes. En segundo lugar, con tomar lo mucho á unos y reducir á otros á lo poco, nada variaria, sino los nombres de los

capitalistas. Los que piden semejante injusticia olvidan que ellos serian capitalistas á su vez despues del despojo, y que nada en suma habria variado.

LECCION XXVII.

Legitimidad del capital.

P.—En vista de cuanto Vd. ha dicho en las lecciones anteriores, ¿Vd. cree que el capital es legítimo?

R.—Tomado en junto el capital de la humanidad en sí, no hay duda que es perfectamente legítimo, y, por las razones expuestas en las lecciones anteriores, debería de ser sagrado. Es el trabajo acumulado de nuestros abuelos, y nada hay más legítimo que el trabajo y los productos del trabajo.

P.—Y si consideramos separadamente los capitales individuales ¿serán todos igualmente legítimos?

R.—Dijimos en la leccion XVI, que habia un modo legítimo y otro ilegítimo de satisfacer nuestras necesidades. Tambien indicamos que el medio ilegítimo era hacer trabajar á nuestros semejantes y arrebatarles el fruto de su trabajo por la fuerza ó por el fraude. Pues bien, la posesion de un capital acumulado con perjuicio de terceros, por la fuerza ó por el fraude, es ilegítimo, por más que aquel capital *en sí* sea respetable como producto de los ahorros de los hombres.

P.—¿Existen muchos ejemplos de capitales poseidos ilegítimamente?

R.—Por desgracia todavía se dan casos de este abuso, aunque cada vez son ménos numerosos á medida que las sociedades cultivan más y mejor su riqueza sentimental, adquiriendo con ello principios morales más altos y más puros.

P.—¿Cuáles serán los medios para hacer que desaparezcan estos últimos restos de antiguos abusos?

R.—La libertad y libre competencia del trabajo, la instrucción y moralización de todos los obreros. Cuando los trabajadores de todas categorías conozcan la armonía que une los intereses de todos para bien de todos, cuando este perfecto conocimiento les haga buenos y morales, ni el fraude ni la fuerza surgirán para esquilmarlos.

LECCION XXVIII.

De los servidores del hombre.

P.—Hemos visto en las lecciones anteriores que toda satisfacción de una necesidad tiene que comprarse con una suma de trabajo, y que no hay que pensar en eludir el pago de estos esfuerzos: ¿debemos deducir de esa verdad que los hombres no se podrán emancipar nunca del trabajo?

R.—Los hombres se pueden emancipar de la mayor parte del trabajo físico ó corporal que exige la satisfacción de nuestras necesidades.

P.—¿Y quién hará por el hombre los esfuerzos materiales de que se emancipe?

R.—Los servidores que Dios puso en su rededor para que pudiese progresar.

P.—¿Qué servidores son esos?

R.—Pueden dividirse en tres clases, á saber:

1.^a Los agentes ó fuerzas naturales, como el calor del sol, la luz, el aire, la tierra.

2.^a Las máquinas animadas que llamamos animales.

3.^a Las máquinas inanimadas movidas por los músculos del hombre, ó por las fuerzas ó los agentes naturales.

P.—¿De qué modo y á qué precio podemos hacer que todos estos servidores ejecuten la parte de trabajo físico que de otro modo nos incumbiría?

R.—La manera de hacerles trabajar por nosotros consiste en estudiar todos estos servidores, y las leyes que les rigen, primero para conocerlos á fin de poderlos gobernar; segundo, para estimarles y quererles cada vez más. O en otros términos, el modo de emanciparnos del trabajo animal es desarrollar y enriquecer nuestra inteligencia y nuestro sentimiento. Nuestro espíritu tendrá con ello que mostrarse más activo, y de aquí que el precio de nuestra emancipacion del trabajo material es irremisiblemente un aumento de trabajo espiritual.

P.—¿Podremos emanciparnos con el tiempo y con el saber de todo trabajo corporal?

R.—De ningun modo. Por mucho que progreseemos, siempre tendremos que trabajar de cuerpo. Hoy los pueblos civilizados trabajan mucho ménos que el hombre primitivo para satisfacer en igual grado cualquiera necesidad; pero trabajan todavia.

P.—Ponga Vd. algunos ejemplos de este hecho.

R.—Un esclavo en la antigüedad apenas podia moler bastante trigo en un dia y obtener harina para 25 personas; hoy un molinero con un buen molino de agua puede moler lo bastante para 3.600 personas. Un hombre con un caballo trasporta sin fatiga seis veces más peso que sobre sus hombros, pero ese mismo hombre si sabe trabajar con su inteligencia, transportará en un tren sobre un ferro-carril doscientas mil veces más. Se calcula que los cien millones de toneladas de carbon de piedra que se han llegado á explotar anualmente en Inglaterra, producen en cada año, con toda clase de máquinas, un trabajo superior al de toda la poblacion de Europa trabajando dia y noche.

P.—¿A qué se debe la inapreciable cooperacion de todos esos servidores nuestros?

R.—A que trabajamos hoy con nuestro espíritu mucho más y mucho mejor que las pasadas generaciones. El trabajo material se va transformando en trabajo espiritual.

LECCION XXIX.

De la propiedad.

P.—¿Qué debemos entender por propiedad?

R.—Es propiedad nuestra todo aquello de que podemos disponer á nuestro placer, destinándolo, ya á satisfacer nuestras necesidades, ya las necesidades de aquellos que amamos ó á quienes queremos favorecer.

P.—Cite Vd. algo de lo que constituye nuestra propiedad.

R.—Es, ante todo, propiedad de cada hombre su cuerpo y su espíritu, y por consiguiente la fuerza, la energía, la destreza y las aptitudes y sentimientos con que le dotó el Hacedor. Despues, y como consecuencia de esta propiedad incuestionable, lo son tambien todos los dónes gratuitos de la naturaleza que sabe trasformar en utilidades onerosas por medio de su trabajo armónico.

P.—Luego ¿somos todos propietarios?

R.—El hombre es fatalmente posesor, como es carnívoro ó racional, inteligente ó sensible. Sin poseer dejaria de ser hombre. La propiedad es una condicion fatal de su existencia en sociedad.

P.—¿Qué derechos corresponden al propietario sobre las utilidades onerosas que posee?

R.—Usar de ellas como crea conveniente, darlas gratuitamente ó cederlas en cambio de otras que él y solo él estime equivalentes.

P.—¿Por qué hay hombres que poseen mucho y otros que poseen poco ó nada?

R.—Por dos razones valederas, á saber: 1.^a, porque todos nacemos con aptitudes desiguales, y de aquí que sea sumamente desigual el trabajo fecundo de cada uno; 2.^a, porque unos han tenido ó tienen quienes (habiendo trabajado fructuosamente) les den de balde lo que es suyo, y otros no tienen nadie que les ceda todo ó parte de lo que adquirieron.

P.—Pero ¿cómo pueden los que se hacen ricos por su trabajo, hacer ricos á otros que tal vez no hayan trabajado?

R.—En virtud de lo que hemos dicho hace poco. Quien crea una utilidad onerosa por los medios que dijimos en la leccion XXIII, es legítimo propietario de aquello que no existiría sin sus esfuerzos: si no pudiese darla ó cederla á quien quisiere, no sería tal propietario y se vería cohibido en su derecho, despojando de lo suyo.

P.—Aun siendo eso así, ¿que derecho tiene un labrador á apropiarse y ocupar más ó ménos extension de la tierra que creó Dios para todos?

R.—El mismo, perfectamente legítimo, que tiene cualquier otro productor para ocupar una porcion del espacio indispensable á su industria. Un químico, un fotógrafo se apropian con su trabajo tales ó cuales utilidades gratuitas, como el aire ó la luz del sol, y para apropiárselas, ocupan una porcion más ó ménos grande del espacio con su persona, los movimientos indispensables de su persona, y los instrumentos ó máquinas de su industria. El labrador, cuyo instrumento principal de produccion es la tierra, al ocupar como cualquier otro productor el espacio que necesita, se ve obligado, por la naturaleza misma de su industria, á apropiarse una estension del suelo. Luego la ocupacion de la tierra cultivable por el propietario territorial es, en los pueblos civilizados, tan legítima, como la ocupacion de otras porciones del espacio terrestre por diferentes productores.

P.—Sin embargo, ¿por qué razon ha de poder un labrador vender ó dar el campo que haya ocupado con el objeto de producir?

R.—Porque en realidad y en la mayor parte de los casos, lo que da ó vende no es la tierra, sino la suma de trabajo humano, suyo ó de otros, que puso á sus campos en estado de producir. El suelo, cuando primero se ocupa por el hombre está cubierto de abrojos. Para hacerle productivo hay que descuajarle, sanearle, limpiar, cabar, cercar y abonar. Todas estas operaciones, por todo extremo trabajosas, son las que se hallan representadas por el valor del terreno y hoy que casi todas las tierras han

sido adquiridas á título oneroso mediante pago, ó sea dando por ellas valores equivalentes, su dueño es tan legítimo poseedor de ellas como lo puede ser cualquier otro productor de aquello que haya creado.

LECCION XXX.

Del tiempo.

P.—¿Qué es el tiempo?

R.—El tiempo es, en la práctica de la vida, el elemento sin el cual nada se puede producir. Entra en la producción de cualquiera cosa como factor principal.

P.—Segun eso, ¿el tiempo tiene su valor?

R.—Sí señor. El tiempo, que al parecer nada vale, es más precioso que el oro, y por eso los productos humanos se abaratan ó se encarecen: segun se emplea para producirlos ménos ó más tiempo. Cuando se gasta mucho tiempo, las utilidades producidas se encarecen, á medida que se gasta ménos en producir las mismas utilidades, estas abaratan. Todo el progreso moderno se encierra en esta sencilla verdad; la fortuna y el bienestar individual estriba principalmente en conocerla y practicarla.

P.—Ponga Vd. ejemplos.

R.—Un herrero torpe solo hace quinientos clavos al dia, que al precio á que se venden apenas le producen para pan. Si á fuerza de aplicacion y de maña llega á fabricar el doble, su trabajo le proporcionará dobles satisfacciones. Si con ayuda de máquinas ó herramientas ingeniosas llega á forjar tres ó cuatro mil al dia, podrá venderlos más baratos y ahorrar para hacerse rico.

Lo mismo sucede al labrador. Si por impericia, mal gobierno ó la mala distribución de sus tierras y viviendas, gasta tres ve-

ces más tiempo del necesario para cultivar su campo, es imposible que sus frutos puedan competir en precio con los del vecino que gaste en cultivar la tercera parte de tiempo que él. Este podrá enriquecerse mientras el otro se arruine.

P.—¿Qué debemos deducir de esas verdades?

R.—Que el tiempo es la vida, y como nada hay para nosotros de más valor que la vida, debemos procurar utilizarla si queremos hacernos ricos, porque entra alguna parte de ella en la producción de todo utilidad onerosa y esta resultará tanto más barata cuanto menos vida, ó tiempo exija su producción.

P.—¿De qué medios podemos valernos para hacer cada vez más en el mismo tiempo?

R.—Además del medio que hemos indicado en la lección XVI, que es el de hacer que los servidores del hombre ejecuten por nosotros el trabajo físico ó material, existen dos otros medios para aprovechar el tiempo ó, lo que es lo mismo, para producir más y más barato. Estos dos medios son la división del trabajo y la asociación, aunque en rigor estos dos medios no son sino uno solo: el de vivir en paz y concordia, porque no puede haber división de trabajo sin asociación, ni asociación verdadera si no se funda en la división del trabajo.

LECCION XXXI.

De la división del trabajo.

P.—¿Qué es la división del trabajo?

R.—La división del trabajo es aquella organización tácita ó convencional, en virtud de la cual unos son labradores, otros marineros; éstos hacen pan y nada más que pan; aquellos tejen paño y nada más que paño, mientras que hay hombres que piensan, estudian y escriben, como los hay que sienten, com padecen y enseñan.

P.—¿Cómo influye la division del trabajo en el aprovechamiento del tiempo?

R.—Cuando un hombre dedica toda su atencion, todo su interés, todos sus esfuerzos á una sola cosa, se hace más hábil cada vez, y la ejecuta ó la piensa con más prontitud y perfeccion, y como de aquí resulta que produzca más y mejor en el mismo tiempo, los productos mejoran y abaratan.

P.—¿Podríamos vivir sin dividir así el trabajo?

R.—Vivir, sí señor, pero viviríamos muy mal. Las agrupaciones de hombres sin esa division del trabajo permanecerian casi en estado de barbarie.

P.—Y ¿por qué?

R.—Porque cada cual tendria que hacer por sí y para sí, cuantas cosas fuesen indispensables á fin de satisfacer sus necesidades, y no alcanzándole el tiempo, ni la inteligencia, ni las fuerzas más que para satisfacer las necesidades más groseras, cada individuo haria poco y aun ese poco muy mal. Nadie así progresaria.

P.—¿Y no está eso muy mal arreglado? ¿No seríamos mucho más independientes y por lo tanto más felices si no necesitásemos de nadie?

R.—Todo lo contrario. La ley de paz y de amor, que á Dios le plugo imponernos, se revela en esto lo mismo que en todas las demás cosas. Necesitando unos de otros, se nos obliga á depender unos de otros, para que nos respetemos, nos acerquemos y nos amemos. A medida que cumplimos con esta ley, á medida que ensanchamos y extendemos esta ley, vienen más y más hombres en nuestra ayuda y satisfacemos mejor y con ménos trabajo un número cada vez mayor de satisfacciones. Es decir: somos más libres y felices.

P.—En resúmen, cuál es el fin y el resultado de toda division del trabajo que nos es impuesta por la fuerza misma de las cosas?

R.—El fin es asociarnos á todos para que auxiliándonos mutuamente seamos más felices y mejores. El resultado es abaratar toda clase de utilidades onerosas, haciéndolas abundar para que lleguen á todos. Cuanto más dividimos el trabajo mejor se

cumplirá aquel fin y más cumplidamente tocaremos este resultado.

LECCION XXXII.

De la asociacion.

P.—¿Qué ventajas nos proporciona la asociacion?

R.—Las ventajas de asociarse en paz los hombres para el trabajo son innumerables. Las principales son : 1.º hacer posibles obras que serian imposibles si las acometiésemos aisladamente; 2.º economizar tiempo, progresando tanto más y ejecutando las obras tanto más pronto, cuanto la asociacion se funde más en la justicia; 3.º ensanchar la vida individual para que todos participen directa ó indirectamente de la admirable comunión de ideas y sentimientos que constituye el fondo y el resorte del trabajo en comun.

P.—¿Entiende Vd. el trabajo en comun como si todos y cada uno deberian trabajar para cada uno y todos, repartiendo despues por igual los frutos del trabajo?

R.—No señor. Eso sería el comunismo, sistema erróneo que desde la más remota antigüedad se ha intentado en vano establecer por aquellos que desconocen la armonía de las leyes naturales, pero que siempre ha producido y producirá males sin cuento, como fundado que está en una irritante injusticia.

P.—¿Qué injusticia es esa?

R.—Hemos visto que los hombres nacen con aptitudes muy diversas y con necesidades diferentes, cuyo agujon obliga á unos á trabajar más y mejor que otros. Su trabajo es, por lo tanto, diferente tambien. El de uno será fecundo, el de otro solamente útil, y tal vez ruinoso el de un tercero. Sería una injusticia que aquel que produjese más, no sacase de su trabajo sino una parte igual á la del que produjese ménos.

P.—¿Cómo entiende Vd., pues, el trabajo en comun?

R.—La verdadera asociacion libre para trabajar en comun es aquella en que cada uno de los trabajadores goza de completa libertad para dedicar sus esfuerzos á la clase de obra más de su gusto, sistema en que el hombre discute y debate libremente las condiciones mediante las cuales cede su trabajo disponiendo despues á su antojo del fruto de sus afanes.

P.—¿Pero no adolecéderá semejante asociacion de anarquía?

R.—La historia del mundo prueba que no señor. Cuando se dejan obrar las leyes naturales, sin pretender enmendar al mundo, la fuerza de las necesidades obliga á los hombres á establecer la mejor division del trabajo, y de consiguiente la mejor forma de asociacion en beneficio de todos. Habrá quizás perturbaciones momentáneas que se corrijan de suyo, pero la marcha de las sociedades será constante y segura.

P.—Y cuando se trate de un número pequeño de asociados, ¿será prudente dejarles formar asociacion segun lo entiendan?

R.—Tratándose de asociaciones particulares y limitadas, conviene dejar á los asociados en libertad para establecer las reglas que estimen convenientes. La única limitacion necesaria es la de no causar perjuicio á tercero ni á la sociedad. Así los descabros enseñan, y cada triunfo de los buenos principios sirven de enseñanza mucho más provechosa y eficaz que cuantas leyes y cortapisas inventen los soñadores.

P.—¿De qué elementos debe constar siempre toda asociacion?

R.—De los mismos que constituyen el trabajo humano, porque su objeto es siempre crear una colectividad cuyos esfuerzos superen con mucho al de la individualidad más privilegiada. Esto se consigue procurando que en la division de trabajo, indispensable á toda asociacion, unos discurren y dirijan, otros obedezcan y ejecuten, sin perjuicio de que un comun sentimiento á todos guie y estimule.

LECCION XXXIII.

De los cambios.

P.—Con la division del trabajo hemos visto que los hombres suelen producir una sola cosa. ¿Cómo pueden procurarse las demás?

R.—Cambiando las que producen por las que les hagan falta.

P.—Deben existir, de consiguiente, várias clases de cambio, toda vez que dijo Vd. en la leccion XVIII que habia diferentes clases de utilidades onerosas?

R.—Y así es la verdad. Existiendo como existen utilidades onerosas materiales, utilidades onerosas intelectuales, y hasta utilidades onerosas sentimentales, pueden establecerse entre los hombres seis clases de cambio cuando ménos.

P.—Diga Vd. cuáles son.

R.—1.º Se pueden cambiar cosas por cosas, como trigo por paño ó trabajo físico por oro ó plata. 2.º Se pueden dar cosas por servicios intelectuales ó por ciencia, como la comida, el fuego y la luz artificial que se dá á un dependiente entendido, ó el sueldo que se paga á un profesor. 3.º Es posible dar tambien riqueza material ó cosas de valor por afecto, cariño ó simpatía, como todo lo que gasta y cambia un padre por educar á sus hijos, un hijo por mantener á una madre, un marido por complacer á su esposa. 4.º Se cambian continuamente ideas con ideas, como sucede cuando nos instruimos mutuamente. 5.º Tambien se cambian ideas por cariño, como sucede cuando se enseña á alguna persona querida sin más aspiracion que la de merecer y conseguir su amor y su respeto. 6.º Y finalmente, el cambio de afectos por afectos de simpatía y amor es la clase de cambios sin la cual el mundo seria una tristísima morada.

P.—Diga Vd. eso mismo en términos más breves.

R.—Los cambios pueden ser de seis clases, á saber:

- 1.º Productos materiales por productos materiales.
- 2.º Productos materiales por servicios intelectuales.
- 3.º Productos materiales por sentimiento ó afecto.
- 4.º Productos intelectuales por productos intelectuales.
- 5.º Productos ó servicios intelectuales por afectos.
- 6.º Afectos por afectos.

P.—¿Por qué incluye Vd. entre los cambios el de los afectos?

R.—Porque el sentimiento es un elemento principalísimo de la actividad ó del trabajo humano, segun dijimos en la leccion XIV, y el omitirle ó no tomarle en cuenta al analizar todos y cualesquiera resultados del trabajo del hombre, es preparar el error y fomentar tarde ó temprano el mal al calor de pueriles ilusiones.

P.—La ciencia, sin embargo, jamás ha tomado en cuenta otros cambios que los de la materia y los servicios.

R.—Por eso en la práctica no ha sabido producir todos los bienes que siempre produce la verdad y la observancia de las leyes providenciales que nos rigen. Por eso se han visto tachados los economistas de materialismo, y con razon. Desprecian y hasta parecian querer matar el resorte de toda produccion, la fuerza misteriosa que nos hace superiores, que constituye toda la virtud fecunda de producir y dá á este acto significacion y objeto. Se empeñaban en no ver los cambios más numerosos y más frecuentes de la vida, y parecian ignorar que el sentimiento, sus manifestaciones y sus frutos, eran materia cambiabile, por la cual suelen los individuos, y hasta las naciones, dar con profusion riqueza material.

LECCION XXXIV.

Necesidad y leyes de los cambios.

P.—¿Podríamos vivir sin cambiar?

R.—Viviríamos la vida del bruto irracional, y la existencia

social sería imposible; porque toda asociacion se reduce, segun hemos visto, á dividir el trabajo y á cambiar, y siendo la sociedad, ó la nacion, la asociacion por excelencia, es evidente que no podríamos constituirla si no cambiásemos. Por eso todo el mundo cambia, hasta el punto de que se podría decir que la vida social es un continuo cambio.

P.—¿En qué condiciones conviene se verifiquen los cambios?

R.—En condiciones de completa libertad, pero siendo obligatorio que los cambiantes digan la verdad, para que quien dá no disfrace lo que da, y el que recibe pueda saber lo que recibe.

P.—¿Qué resulta cuando los cambios tienen lugar en esas condiciones?

R.—Cuando se cambia sin que la fuerza ó el fraude perturbe las relaciones naturales del momento, se realizan los cambios con sujecion á leyes determinadas, que nos permiten calcular ó prever los resultados de aquellos.

P.—¿Qué leyes son esas?

R.—Como cada uno busca y desea adquirir aquello que satisfaga su necesidad del momento, y por ello está dispuesto á dar lo que no necesite tanto, aunque valga más, resulta que si se pide ó demanda con insistencia una cosa, aquella cosa se encarece, y si, por el contrario, se ofrece otra con afan, aquella otra se abarata. Así la primera ley consiste en que la oferta y la demanda regulan en todo tiempo el precio de las cosas, subiendo este siempre si la demanda crece, y bajando gradualmente á medida que la oferta aumenta.

La segunda ley es que, como al cambiar se dá lo que se necesita ménos por lo que se necesita más, cuando los cambios son libres y sin fraude, ambos cambiantes se sienten más ricos despues del cambio, ó, lo que es lo mismo, ambos ganan con el cambio.

P.—¿Se aumenta así la riqueza con los cambios?

R.—El cambiar por cambiar no aumenta, ni aumentar puede la riqueza; pero si los cambios son motivados por verdaderas necesidades, no hay duda que el gran número y la importancia de los cambios significan y revelan aumento de riqueza, porque es señal de que quien mucho cambia trabaja y produce mucho.

LECCION XXXV.

De las condiciones necesarias al trabajo.

P.—¿Cuáles son las condiciones que la naturaleza misma de las cosas nos imponen como necesarias al trabajo?

R.—La paz, la seguridad y la justicia.

P.—¿Qué entiende Vd. por la paz?

R.—Aquel estado en que nadie y por ningun motivo intenta siquiera apelar á la fuerza para conseguir lo que desea, en que todos se respetan mutuamente, y cuando algunas diferencias surgen, se discuten y dirimen determinando sin violencias el derecho y la razon.

P.—¿Qué entiende Vd. por seguridad?

R.—Aquel estado en que cada cual ve y siente que su persona, su trabajo y el fruto de su trabajo está al abrigo de cualesquiera ataques arbitrarios; en que todos disponen de lo suyo sin temores, ni sobresaltos; en que el débil puede vivir tranquilo al amparo de la ley; en que el malo es por todos refrenado, y en que el fuerte comprende que su mayor fuerza está en no abusar de la suya.

P.—¿Qué entiende Vd. por justicia?

R.—Aquel estado en que la ley es una para todos, aplicándose con rigor á los grandes como á los pequeños.

P.—Y en el caso de que la ley sea perjudicial al trabajo ¿qué debe hacerse?

R.—Ante todo, observarla y cumplirla, si bien procurando su reforma y difundiendo la verdad hasta que la verdad se arraigue en la conciencia de la mayoría y forme opinion. Un país en que las leyes se falsean es un país en camino de perdicion.

P.—¿Y no es ineludible á veces apelar á la fuerza para obtener una reforma?

R.—Las soluciones de fuerza son tan contrarias y aun opuestas á las exigencias del trabajo, que casi siempre son mucho mayores los males que ocasionan que los bienes que pudieran proporcionar.

Ademas, las reformas conseguidas por unos con el auxilio de la fuerza y por la fuerza impuestas á lós demás, jamás fueron duraderas, ni inmutables. No así aquellas reformas inculcadas en las conciencias por la discusion y la razon. Más lentas, al parecer, para llegar á un resultado, adquieren desde el primer dia carácter de estabilidad y permanencia. La violencia es enemiga del trabajo, de la produccion, y por consiguiente, del progreso.

LECCION XXXVI.

Resúmen.

P.—¿Qué deduce Vd. de todas las verdades que ha expuesto en las lecciones anteriores?

R.—Que nuestra misión en este mundo es el trabajo, entendiendo por trabajo humano lo que hemos dicho en la leccion XIV; que quien trabaja más fructuosamente con el cuerpo, con la inteligencia y con el corazon, es quien la cumple mejor y es por lo tanto más digno.

P.—¿Qué otras consecuencias se deduce de lo explicado hasta aquí?

R.—Que no podemos ser libres, ni felices, mientras no logremos satisfacer cumplidamente todas nuestras necesidades legítimas, y que habiendo de comprarse las satisfacciones con el trabajo, solo por el trabajo armónico-fecundo pueden llegar los pueblos á la libertad y al bienestar posibles en la tierra.

P.—¿Qué otras deducciones se desprenden rigurosamente de la verdad de las cosas?

R.—Que todo nos obliga á acercarnos, á tratarnos, á respetarnos, á vivir en paz y concordia, trabajando para nuestro bien. La diversidad de nuestras aptitudes y facultades, lo mismo que las inmensas ventajas que nos resultan de la division del traba-

jo, de la asociacion, de los cambios, de la seguridad y respeto mútuo, todo nos encamina al amor. Lo cual prueba que el bien de todos es el bien de cada uno y el bien de cada uno el bien de todos.

P.—¿Qué máximas debemos sacar de todas estas verdades para grabarlas de un modo indeleble en nuestro corazon y para tenerlas en la memoria siempre?

R.—Que lo útil se confunde con lo bueno, lo verdadero con lo bello; que la mejor oracion es trabajar fructuosamente con sujecion á las leyes que acabamos de esplayar, y que para conseguirlo es lo primero no faltar á los sublimes preceptos de Jesucristo cuando decia á los hombres: «Amaos los unos á los otros.» «La verdad os hará libres.» Nosotros nos debemos decir á todas horas: «trabajemos, trabajemos amándonos como semejantes, porque solo nos pueden hacer libres y felices los resultados del trabajo armónico, es decir, la riqueza, la verdad y la moral.»

FIN.



216

ÍNDICE.

LECCION I.....—Del hombre.....	7
LECCION II.....—Causa de la creciente y progresiva superioridad del hombre.....	9
LECCION III.....—Clasificacion de las necesidades humanas.....	11
LECCION IV.....—De las necesidades materiales.....	12
LECCION V.....—De las necesidades intelectuales.....	14
LECCION VI.....—De las necesidades sentimentales.....	16
LECCION VII.....—De las necesidades mixtas.....	18
LECCION VIII.....—Medida en la satisfaccion de nuestras necesidades.....	19
LECCION IX.....—Abusos en la satisfaccion de nuestras necesidades.....	21
LECCION X.....—De las necesidades ficticias y de los deseos.....	23
LECCION XI.....—Distribucion de las necesidades humanas.....	24
LECCION XII.....—Desarrollo de nuestras necesidades.....	25
LECCION XIII.....—Objeto de las necesidades humanas.....	27
LECCION XIV.....—Del trabajo.....	30
LECCION XV.....—Del modo de satisfacer nuestras necesidades.....	32
LECCION XVI.....—De cómo podemos emanciparnos del trabajo.....	34

LECCION XVII....—De los bienes y del valor.....	36
LECCION XVIII...—De las diferentes clases de bienes ó utilidades.....	38
LECCION XIX—Lo que es riqueza ..	40
LECCION XX—De las diferentes clases de trabajo.....	42
LECCION XXI.....—De los obreros	44
LECCION XXII...—De las diferentes clases de riqueza.....	45
LECCION XXIII...—De cómo se produce la riqueza.....	47
LECCION XXIV...—Del capital.....	49
LECCION XXV....—Origen y condiciones del capital.....	50
LECCION XXVI...—Necesidad y utilidad del capital.....	52
LECCION XXVII..—Legitimidad del capital.....	54
LECCION XXVIII..—De los servidores del hombre.....	55
LECCION XXIX ...—De la propiedad.....	57
LECCION XXX ...—Del tiempo.....	59
LECCION XXXI...—De la division del trabajo.....	60
LECCION XXXII..—De la asociacion.....	62
LECCION XXXIII .—De los cambios.....	64
LECCION XXXIV..—Necesidad y leyes de los cambios.....	65
LECCION XXXV ..—De las condiciones necesarias al trabajo...	67
LECCION XXXVI..—Resúmen ..	68

